

**PEREGRINOS DE LA FE Y TESTIGOS DE CRISTO
RESUCITADO**

2010

**Año Jubilar
Compostelano**

**CARTA PASTORAL
DEL
ARZOBISPO DE SANTIAGO
EN EL
AÑO SANTO COMPOSTELANO
2010**

“Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron a los Once y a los que estaban con ellos que decían: ¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón! Ellos por su parte contaron lo que les había pasado en el camino y cómo le habían conocido al partir el pan” (Lc 24,33-35)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

- 1.- Segundo Año Santo Compostelano del tercer milenio
- 2.- La buena noticia del Año Santo
- 3.- Camino de Emaús y Camino de Santiago
- 4.- El Señor en el camino y en la meta
- 5.- La vuelta a Jerusalén

I. LA RESURRECCIÓN, FUNDAMENTO Y META EN LA PEREGRINACIÓN CRISTIANA

- 6.- El peregrino cristiano y los peregrinos de Emaús
- 7.- La actitud de espera creyente
- 8.- “Vosotros sois testigos de estos hechos”
- 9.- El apoyo de la fe en Dios
- 10.- La comunidad postpascual y el Resucitado
- 11.- Espíritu y testimonio apostólico
- 12.- Identidad de la fe cristiana
- 13.- Los apóstoles, testigos de la resurrección
- 14.- La fundamentación de la esperanza en el poder de Dios
- 15.- El compromiso del peregrino jacobeo
- 16.- La presencia activa del amor al Padre en sus dos dimensiones

II. ALIMENTO ESPIRITUAL DEL PEREGRINO

- 17.- Etapas en el camino de la fe
- 18.- La paciente escucha del actuar del Espíritu
- 19.- Creer en comunidad
- 20.- Origen de la fe en la fuerza de Dios
- 21.- La fe como acto de toda la persona

- 22.- El encuentro de Dios en el camino de la historia
- 23.- Acto de fe y contenido de la fe
- 24.- La actitud de súplica y la fe en plenitud
- 25.- El Mesías a la luz de las Escrituras
- 26.- El “reconocimiento” de Jesús en la Eucaristía
- 27.- Los peregrinos y la “fracción del pan”
- 28.- La realidad del pecado
- 29.- El perdón como acogida amorosa del pecador
- 30.- Reconciliación del pecador
- 31.- La eclesialidad de la Penitencia sacramental

III. LA PEREGRINACIÓN, ACONTECIMIENTO EVANGELIZADOR Y RESPUESTA A LA LLAMADA EN EL CAMINO

- 32.- El camino interno de la fe
- 33.- “Creer y confesar la fe”
- 34.- La actitud negativa actual frente a la confesión de fe
- 35.- Vinculación esencial entre fe y testimonio
- 36.- La confesión como respuesta
- 37.- La confesión de fe, expresión de la historicidad de la Iglesia
- 38.- Experiencia del testimonio de ayer y de hoy
- 39.- El testimonio y la unidad

IV. EL PEREGRINO Y SU PARTICIPACIÓN EN LA VIDA DEL RESUCITADO

- 40.- La experiencia premonitoria del Tabor
- 41.- La fe en el Resucitado, identidad del cristiano
- 42.- La fundamental superación de la muerte
- 43.- La fe como inclusión real en la resurrección
- 44.- El “ya” de la resurrección
- 45.- “Todo es posible para el que cree”
- 46.- La fe, confianza en la voluntad de Dios
- 47.- El poder de Dios sobre la muerte
- 48.- La plenitud en la vida eterna

V. EL TESTIMONIO Y LA EXPERIENCIA COMUNITARIA DE LA FE

- 49.- Vida de fe, unidad y amor, signo de la Iglesia

- 50.- La impronta de la fe en el discípulo de Cristo
- 51.- Vocación solidaria del cristiano ante el sectarismo
- 52.- “Sí” a Dios y “sí” a la Iglesia
- 53.- El testimonio de la Iglesia como hogar de amor fraterno
- 54.- Anunciar el Evangelio, misión de la Iglesia
- 55.- Realización de la propia salvación

VI. PEREGRINACIÓN Y MISIÓN DEL CRISTIANO

- 56.- Hombres nuevos
- 57.- El cristiano y el seguimiento de Cristo
- 58.- Responsabilidad del discípulo de Cristo
- 59.- Las limitaciones humanas
- 60.- La debilidad exterior y la fuerza interna
- 61.- Jesucristo resucitado para sí y para nosotros
- 62.- La vida del Espíritu
- 63.- Jesús en nuestro peregrinar
- 64.- Comunicación de la experiencia pascual
- 65.- “Era verdad: ¡ha resucitado el Señor!”
- 66.- Los peregrinos de Emaús y el misterio pascual
- 67.- Presencia real del Resucitado en la Eucaristía.
- 68.- La peregrinación hacia la Ciudad definitiva en la vida diaria
- 69.- La Virgen, peregrina de la fe, prototipo del peregrino

VII. LA PEREGRINACIÓN JACOBEOA HOY

- 70.- Las cifras de la estadística
- 71.- La insatisfacción de un mundo postmoderno
- 72.- La peregrinación, símbolo eclesial y antropológico
- 73.- Compostela entre la continuidad y la discontinuidad
- 74.- Peregrinación, expresión del camino de conversión
- 75.- El espíritu del Año Santo Jacobeo
- 76.- Integración entre lo religioso y lo profano
- 77.- Camino de fe y camino de cultura
- 78.- Europa cristiana, fruto de la peregrinación jacobea
- 79.- Las gracias jubilares
- 80.- Memoria, presente y futuro
- 81.- Unidos en la oración

INTRODUCCIÓN

1.- Segundo Año Santo Compostelano del tercer milenio

Cada año es mayor el número de peregrinos que se ponen en camino a la Tumba del Apóstol Santiago el Mayor, siendo la peregrinación, entre otras realidades, alegoría de la Iglesia, pueblo de Dios, que camina hacia la “ciudadanía de los santos”. En el Año Santo de 1999 me propuse acompañar al peregrino jacobeo en su reflexión espiritual con la pastoral *Peregrinar en espíritu y en verdad* y en el de 2004 con la pastoral *Peregrinos por gracia*. En este segundo Año Santo Compostelano del Tercer Milenio del Cristianismo que celebraremos el 2010, traigo a la memoria el relato de los discípulos de Emaús que nos refieren su encuentro con Cristo resucitado. También, desde su Tumba, el Apóstol Santiago, el “amigo del Señor”, nos transmite el mensaje de que Cristo vive y, por tanto, el peregrino ha de dar este testimonio, sabiendo que la amistad con el Señor garantiza la fecundidad de la misión de la vida cristiana: “Os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer...Y os he puesto para vayáis y deis fruto y que vuestro fruto sea permanente” (Jn 15,15-16), les dijo Jesús a sus apóstoles. Peregrino con vosotros, ofrezco esta reflexión desde la fe con la conciencia de saber que el Señor sale también a nuestro encuentro, nos ilumina con su presencia y su palabra, y nos libera de todo miedo.

2.- La buena noticia del Año Santo

Con esta esperanza, agradeciendo este privilegio concedido a la Iglesia particular de Santiago de Compostela por la Iglesia “más grande y más antigua conocida por todos; fundada y constituida en Roma por los dos gloriosos apóstoles Pedro y Pablo”, comunico la celebración del segundo Año Santo Jacobeo del tercer milenio a mis diocesanos y a los de las diócesis hermanas de España, de Europa y de otros continentes, invitándoles a peregrinar a la Tumba del Apóstol para confesar la fe en Cristo Resucitado y recibir la abundancia de la misericordia divina como manifestación del amor de Dios por el hombre concreto. Es un acontecimiento de gracia que queremos celebrar y compartir con todas las Iglesias particulares, cuidando que no se desvirtúe el sentido del Camino de Santiago, como **camino de perdón**, por otras motivaciones ajenas a su dinamismo espiritual, que la Peregrinación Jacobea que se hace “por

penitencia” recorriendo los caminos de la acusación de los pecados, del perdón de las ofensas de nuestro prójimo, de la oración, de la limosna y de la humildad¹, se viva con espíritu de conversión, y que el Año Santo nos sirva para revitalizar nuestra vida cristiana como vocación a la eternidad y a la santidad, pidiendo al Señor con la intercesión del Apóstol Santiago, “varón por quien se visita Galicia”², que en el encuentro de los peregrinos con la tradición apostólica, **meta de alegría**, resuene la esperanza.

3. Camino de Emaús y Camino de Santiago

Vivir con conciencia de ser peregrinos es no instalarnos en el estrecho margen de nuestras propias aspiraciones limitadas. “Seguir el Camino es ir abriendo cauces al misterio, al infinito, a Dios, en la cercanía de la misma interioridad. El gran descubrimiento del peregrino es desentrañar que en la esencia del mismo ser, en la historia de cada jornada en relación con el cosmos y con quienes se encuentran en el Camino, está presente la querencia de Dios, armonizado por la sinfonía total humana”³. El que peregrina sabe de los secretos de la vida espiritual del Camino,

¹ Cf. SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilía 2 sobre el diablo tentador*, 6: PG 49,263-264.

² “Entonces se movió una luz hacia nosotros
de aquella esfera de donde salió la primicia
que de sus vicarios dejó Cristo;
y mi dama, llena de alegría
me dijo: Mira, mira; aquí el varón
por quien allá abajo Galicia se visita.
Riendo entonces Beatriz dijo:
Ínclita vida, por quien la largueza
de nuestra basílica quedó escrita,
haz resonar la esperanza en esta altura:
tú lo sabes, que tantas veces la has figurado,
cuantas Jesús a los tres mostró más gentileza.
Alza la testa y haz que te asegures;
Esperanza, dije yo, es un aguardar certero
de la gloria futura, que produce
la gracia divina y los méritos previos.
De muchas estrellas me viene esta lumbre;
mas quien la destiló en mi corazón primero
fue el supremo cantor del conductor supremo” DANTE ALIGHIERI, *Cántico tercero de la Divina Comedia. El Paraíso*, Canto XXV.

³ E. ROMERO POSE, *Raíces cristianas de Europa. Del Camino de Santiago a Benedicto XVI*, Madrid 2006, 200.

descubriendo con san Juan de la Cruz que “para ir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes”⁴.

Sin duda ayudará al peregrino jacobeo recordar la experiencia vivida por los discípulos de Emaús. La peregrinación es un acontecimiento espiritual que puede llevar a acoger el don de la fe en Jesucristo a quien no lo tiene, o a revitalizarlo a quien ya lo tiene, sabiendo que *las piedras de las dificultades no se convierten en el pan del éxito fácil en el desierto de la vida*. “Ser peregrino es descubrir que el hombre se va haciendo conciudadano de una ciudad superior a la terrena: la realidad esperada y que es posible degustar en la tierra”⁵. Así, el Camino de Santiago es un ámbito propicio para que quien peregrina en espíritu y en verdad dialogue con Dios, es un signo que le ayuda a sentirse creado por Dios y liberado por Cristo y es una experiencia en la que aprende a dar y a recibir posponiendo el tener por el ser. Realidad esta de la que sienten necesidad personas que, habiendo abandonado la fe en Cristo Salvador, muerto y resucitado, se han alejado silenciosamente de la Iglesia y que, protegidos por sus falsas seguridades, son presa de la desilusión, del escepticismo y del agobio sin tomar conciencia de la enfermedad espiritual que puede estar afectándoles. Tal vez no han visto cumplidos sus sueños y no les es fácil comprender y mucho menos aceptar el plan de Dios en sus vidas.

4. El Señor en el camino y en la meta

El Señor como lo hizo con los de Emaús sale al encuentro del peregrino en sus dudas e incertidumbres aunque el reconocerle sea fruto de recorrer el camino de la comprensión de su Palabra y de compartir la mesa de la Eucaristía. La meta de la peregrinación es un momento propicio en que el peregrino ha de rogarle insistentemente que se quede para acogerlo en su casa, es decir, en lo propio y específico del don de la fe pues esta acogida encuentra solamente explicación en el amor. La conversión, que ilumina nuestra propia ceguera para poder hacer un discernimiento sobre nosotros mismos, es consecuencia de la necesaria evangelización cuyo objetivo es la liberación interior. Esta se manifiesta en el cambio de actitudes de la persona imitando a Cristo a quien Dios Padre en la Transfiguración, siendo testigos Pedro, Santiago y Juan, nos manda

⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, cap. 13.

⁵ E. ROMERO POSE, *Raíces...*, 198.

escuchar: “Este es mi Hijo Amado, escuchadle” (Lc 9,35). Es un itinerario que nos lleva a adentrarnos en nuestra vida desde la perspectiva del misterio personal.

5. La vuelta a Jerusalén

Los de Emaús se levantaron y volvieron a Jerusalén después de haber reconocido al Resucitado. Esta forma de proceder nos muestra que el hombre necesita encontrarse con Cristo para tomar conciencia de sí mismo, teniendo como referente a la Iglesia que lo anuncia y vive la fe en él. En la comunidad de Jerusalén ofrecieron el testimonio de la experiencia vivida. Dar testimonio no consiste en ponerse de ejemplo a imitar pues sólo a Cristo debemos escuchar e imitar, sino en manifestar a los demás como han actuado la bondad y la misericordia divinas en nuestras vidas, proclamando la grandeza del Señor y alegrándonos en Dios nuestro Salvador. Vivir esto es sentir la necesidad de no alejarnos nunca de Dios que “no oprime nuestra vida, sino que la eleva y la hace grande: precisamente entonces se hace grande con el esplendor de Dios... El hombre es grande, sólo si Dios es grande. Con María debemos comenzar a comprender que es así. No debemos alejarnos de Dios, sino hacer que Dios esté presente, hacer que Dios sea grande en nuestra vida: así también nosotros seremos divinos: tendremos todo el esplendor de la dignidad humana”⁶. Toda experiencia de Dios, siendo para su gloria, es válida y ayuda a la edificación espiritual, pues “el hombre no se reduce a su propia vida ni se limita a su propio destino”⁷. Por eso el peregrino ha de proclamar con María: “Engrandece mi alma al Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador” (Lc 1,47).

I. LA RESURRECCIÓN, FUNDAMENTO Y META EN LA PEREGRINACIÓN CRISTIANA

6. El peregrino cristiano y los discípulos de Emaús

En este horizonte se sitúa esta reflexión pastoral que tiene como referencia la narración en el Evangelio sobre los “peregrinos de Emaús” acompañados por el “peregrino por excelencia, Cristo” (Lc 24, 13-35). Como ellos los cristianos, a quienes el Señor acompaña hasta el final

⁶ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Asunción de María* en la parroquia de Santo Tomás de Villanueva en Castel Gandolfo en 2005.

⁷ O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *La entraña del Cristianismo*, Salamanca 1998, 379.

de los tiempos, son llamados también a ser testigos de su resurrección. En dicha narración se percibe que la fe pascual no emanó de un entusiasmo religioso, sino que se fundamentó en hechos, de cuya fuerza persuasiva no se pudieron librar los discípulos, pese a su escepticismo inicial. En el contexto de los acontecimientos pascales se constata que la duda no es ningún motivo para la debilidad de una fe pascual realista, sino un argumento positivo para una fe consciente y probada. “Ni los discípulos ni los apóstoles estaban dispuestos a aceptar la resurrección. La evidencia de ella había de abrirse camino por entre las dudas y la resistencia más obstinada de la naturaleza humana. Eran de las personas que más se resistían a dar crédito a tales consejos. Diríase que habían resuelto seguir siendo desgraciados, rehusando investigar la posibilidad de verdad que hubiera en aquel asunto”⁸. Con el fin de contraponer la credulidad hacia los hombres a la incredulidad hacia Dios, la prontitud para creer de un modo especulativo y la lentitud para creer de un modo práctico, distintivo de los corazones indolentes, se nos ofrece este relato (Lc 24,13-35), cuya importancia es relevante para el mensaje de la resurrección. En este pasaje el hecho real adquiere la posición significativa de que el Resucitado se le aparece a los discípulos en su íntegra y real corporeidad.

7. La actitud de espera creyente

Los discípulos de Emaús en el camino de su peregrinación no lo reconocen, lo que nos lleva a presuponer que la corporeidad del Resucitado es un “misterio”, que no puede ser esclarecido sólo con los sentidos o con los ojos. Para detectar una aparición del Resucitado y, con ello, para percibir el mensaje pascual es precisa la apertura de los ojos, es decir, la iluminación, de la fe. “No son ellos quienes le ven, porque en cuanto tal es invisible por pertenecer a otro ámbito de la realidad, sino que Dios se lo da a ver. El resucitado que ven aquellos a quienes se les aparece, es un don de Dios en doble sentido: en cuanto realidad que les excede y en cuanto visión. Dios crea el objeto (Jesús resucitado) y el órgano (los ojos nuevos de quienes lo ven). En este sentido y sólo en este, se puede decir que la resurrección es la conversión de los apóstoles, que se volvieron a Jesús, reconocieron su verdad, la legitimidad de su pretensión y la

⁸ F.J. SCHEEN, *Vida de Cristo*, Barcelona ⁷1996, 458s.

normatividad universal de su propuesta”⁹. La aceptación de la aparición, como realidad de la resurrección, va precedida de condiciones y actividades especiales: por un lado, de la escucha y comprensión de la Palabra del Señor, de la concepción creyente del sentido de la historia salvífica y del significado del acontecimiento histórico de Cristo; y por otro lado, no en último término, de la comunión eclesial del partir el pan. Quien asume estos presupuestos puede reconocer en el aparecido al Señor resucitado y a través de las apariciones creer en la resurrección. Por ello, la fe en el Resucitado presupone la aceptación prepascual de la importancia y grandeza de Cristo. Estos aspectos se manifiestan en la fe específicamente pascual de “los peregrinos de Emaús” que viven el encuentro con el Señor resucitado en su aparición: Jesús favorece en ellos una disponibilidad de espera creyente y en ésta son capaces de comprender como tal el encuentro con el Resucitado y de llegar a la fe en la resurrección. De la calidad del encuentro personal con él depende la calidad de la vuelta a los hermanos y el compromiso en la comunidad de cada peregrino.

8. “Vosotros sois testigos de estos hechos”

En el relato aludido se acentúa la “veracidad” de la resurrección de Jesús. Esta es la razón por la que añadió “es verdad” a la fórmula confesional de “el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón” (Lc 24,34). Es oportuno recordar las últimas instrucciones que el Maestro da a los discípulos diciéndoles: “Esto es lo que yo os decía estando aún con vosotros, que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos de mí. Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: Que así estaba escrito, que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos y que se predicase en su nombre la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén” (Lc 24, 44-47). Con estas enseñanzas les explica su resurrección desde las Escrituras y los instituye como testigos de la misma: “Vosotros sois testigos de estos hechos” (Lc 24,48).

9. El apoyo de la fe en Dios

⁹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Ob. cit.*, 372.

El creyente está llamado a edificar sólo sobre Dios y a seguir el camino de Cristo hacia la cruz: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a si mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lc 9,23). El mismo Jesús había dicho también: “Y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,12), mostrándonos el objetivo de congregar en una nueva comunidad a los hombres aislados y desunidos. El nexo interno de este movimiento de unidad es la indivisible unión entre el amor de Dios y el amor al prójimo como subraya Jesús en la respuesta dada a uno de los fariseos que le preguntó cuál era el mandamiento mayor de la Ley: “*Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Mt 23, 37-39). La adhesión a Jesús no se fundamenta, pues, sobre el espontáneo instinto de pueblo o grupo, sino que exige una decisión personal a favor de él que nos dice: “Quien no está conmigo, está contra mí; y quien conmigo no recoge, desparrama” (Mt 12,30).

10. La comunidad postpascual y el Resucitado

El movimiento de unión, como realidad definitiva, propiciado por Jesús provoca al mismo tiempo la agrupación de los que no aceptan su mensaje: “Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” (Jn 1,11). Quienes estaban enfrentados al Enviado de Dios, se coaligan en el rechazo común¹⁰. La conjura contra él lo lleva a la cruz y dispersa el grupo de sus seguidores. La unión de los enemigos se muestra aparentemente más fuerte que el mensaje reconciliador del Dios revelado en Cristo, sin embargo la experiencia pascual suscita entre los que se habían dispersado un nuevo movimiento de unión con un espíritu diferente del que tenía la comunidad antes de la Pascua. El Resucitado ya no es simple referencia externa de convergencia, sino que en la fe es experimentado como presente por cada uno de los que le seguían. La razón de la unidad se encuentra en lo más íntimo de los discípulos porque la comunión entre ellos no deriva de un factor externo que los reúne sino de la participación en Cristo cuya muerte, “vista desde la resurrección como su verdadero intérprete, es el don que el

¹⁰ Hech 4,25-27: “Tú por medio del Espíritu Santo por boca de nuestro padre David, tu siervo, dijiste: ¿Por qué braman las naciones, y los pueblos maquinan proyectos vanos? Los reyes de la tierra se han conjurado, y los príncipes se han coaligado contra el Señor y su Mesías”.

Padre nos da a los hombres para que participemos de su vida”¹¹. La unión ya no es algo adicional, sino una realidad íntima, a la que le corresponde un nuevo vínculo externo. La fe en la resurrección no se dirige a un acontecimiento pasado o a una realidad del más allá. Solamente es fe cristiana auténtica si vive de la presencia autoparticipada del mismo Resucitado. En este sentido, tal presencia no puede ser transmitida por ninguna palabra externa y se realiza en tal profundidad que ningún hombre la puede adquirir por una simple autorreflexión. La fe plena y contrastada está referida a aquellos que han conocido de vista a Jesús y a los que se le apareció resucitado. El testimonio apostólico es, pues, necesario. Sólo con su ayuda y a su luz se puede discernir en el propio interior entre la apreciación subjetiva y la presencia del Resucitado. El encuentro consciente con él es sólo posible a través del testimonio de otros hombres según la gracia dada conforme a la medida del don de Cristo, quien “a unos constituyó apóstoles, a otros profetas, a unos evangelistas y a otros pastores y doctores, a fin de perfeccionar a los cristianos en la obra de su ministerio y en la edificación del cuerpo de Cristo” (Ef 4,7 ss). La fe remite totalmente a la comunión apostólica y suscita una nueva experiencia de comunión.

11. Espíritu y testimonio apostólico

La comunión de fe vive de la unidad interna en el Espíritu y del vínculo externo con el testimonio apostólico. Esta doble estructura corresponde a la condición humana, que, sin embargo, puede dar lugar a nuevos malentendidos. La verdadera comunión de fe tiene su razón de ser en la unidad interna en el Espíritu, a partir de la cual por medio del testimonio apostólico (doctrina y ministerio) recibe su fuerza. De forma efectiva y no teórica esta prevalencia es reconocida si los creyentes poseen un ámbito de libertad para progresar lentamente en el conocimiento del testimonio apostólico a partir de su propia experiencia interior. Si, por el contrario, la comunidad eclesial intentase exclusivamente crear una simple unidad externa mediante la doctrina y la disciplina, desvirtuaría la comunión verdadera. Por otra parte, el deseo o la presunción de querer vivir solamente la unidad del Espíritu nos situaría en una ilusión piadosa y

¹¹ O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *Ob. cit.*, 411.

la fe se convertiría en ideología de un grupo y en el instrumento de su autoconservación.

12. Identidad de la fe cristiana

Para el cristiano es una responsabilidad mantener la identidad de su fe. El convencimiento de poseer la verdad emanada de Dios no debe conducirle ni a una conciencia de élite ni a una presunción colectiva. Esta tentación puede llevar a los cristianos a dificultar la relación y el diálogo con los no cristianos. En la actualidad, se corre también el riesgo de tender a borrar las distinciones entre las religiones. Ante esto, el cristianismo, como religión revelada, puede mantener una verdadera relación con las religiones no cristianas y con las diferentes concepciones del mundo no por el camino de la exhibición superficial o del ocultamiento vergonzoso de su propia identidad sino más bien por el camino de la concepción verdadera de su elevada misión que se asienta no en un saber humano adquirido exclusivamente por el creyente, sino en la autoparticipación del Resucitado. La expresión de la fe propia es punto de partida y propuesta para un diálogo franco y vital.

13. Los apóstoles, testigos de la resurrección

La resurrección de Jesús, más que los signos y los milagros realizados para autenticar su palabra, viene a proclamar que su obra se sitúa verdaderamente en los designios de Dios y que por ella se cumple finalmente la voluntad del Padre que había enviado a su Hijo al mundo no para condenarlo sino para salvarlo (cf. Jn 3,16). Esta es la razón por la que las primeras comunidades cristianas, en el frescor de su fe iluminada totalmente por la experiencia pascual, centraron su oración y su vida en los acontecimientos de la muerte y de la resurrección. En su predicación, los apóstoles se presentarán esencialmente como los testigos de la resurrección. De esta forma, su propio testimonio y por ello el de la Iglesia, se apoya en el del mismo Jesús y en el del Padre. Su finalidad es el de conducir a sus oyentes a la meta del acontecimiento pascual para que puedan ver allí el único perfecto testimonio, el que el Hijo le da al Padre entregando su vida, y el que el Padre le da al Hijo devolviéndosela, mediante la fuerza del Espíritu Santo que lo hace experiencia de vida para cada creyente.

14. La fundamentación de la esperanza en el poder de Dios

Desde la resurrección se proyecta asimismo la luz hacia la consumación del mundo y del hombre, como lo manifiesta san Pablo cuando escribe: “Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad. Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: La muerte ha sido absorbida por la victoria. ¿Dónde esta, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado la Ley. Pero gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo” (1Cor 15, 53-57). Algunos pensadores modernos se han preocupado de transmitir celosamente al hombre la esperanza en el futuro, fundamentada en la ciencia y en el progreso, pero “el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza” y “el hombre nunca puede ser redimido solamente desde el exterior”¹². Sin embargo, sin la resurrección de Jesús tal esperanza resulta vaga y sin contenido. Paradigmática es al respecto la afirmación de que “la esperanza cristiana sabe *que* espera, pero no sabe *lo que* espera”¹³. Sobra decir que una esperanza sin contenido es una contradicción. Sólo la fe en la resurrección corporal de Cristo elimina la contradicción. Tal fe ve prefigurado en el Resucitado lo que ocurrirá a todos los fieles en la realización plena y definitiva de la salvación: la superación de la muerte, la transfiguración del cuerpo, la gloria junto al Padre. En la resurrección de Jesús es donde nuestra esperanza encuentra su fundamento definitivo, sólidamente anclado, porque aquella no es un sueño, un relato mítico o un deseo arcaico; es un hecho acreditado por testigos dignos de fe: “Nosotros lo hemos visto; nosotros hemos comido y bebido con él...” (Hech 10,41). Nuestra esperanza se funda, pues, en los hechos. “El Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva”¹⁴.

¹² BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica “Spe salvi”*, n° 23.25

¹³ R. BULTMANN, *Die christliche Hoffnung und das Problem der Entmythologisierung*, Stuttgart 1954, 58.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica “Spe salvi”*, n° 2.

15. El compromiso del peregrino jacobeo

El compromiso del peregrino a la Tumba de quien fue el primero entre los apóstoles en derramar su sangre para fecundar la Iglesia, como el de los “peregrinos de Emaús”, ha de entenderse en el contexto de ese testimonio pascual, y tiene que realizarse en la totalidad de su vida. Si toda la vida del peregrino se desenvuelve íntegramente “en la pascua de Jesús”, ¿cómo no va a tener en cuenta esa misteriosa realidad y cómo no va a arraigarse en su misma profundidad? “Por la comunicación de su Espíritu a sus hermanos, reunidos de todos los pueblos, Cristo los constituye místicamente en su cuerpo. Por eso somos integrados en los misterios de su vida..., nos unimos a sus sufrimientos como el cuerpo a su cabeza. Sufrimos con él para ser glorificados con él” (LG 7). Así hemos de ir asemejándonos a él, Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia, hasta su venida gloriosa, viviendo en la esperanza de estar un día con él eternamente y de llegar a la plenitud de su glorificación.

Por todo ello, como Jesús y “en Jesús”, el peregrino es ante todo testigo por lo que es. Su propia vida proclama a la faz del mundo el poder del amor de Dios por el que se siente redimido si asume el compromiso de darle al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo la respuesta que espera de él y de vivirla con la fidelidad al evangelio y al germen de la resurrección depositado en él al recibir el bautismo. En esta perspectiva es en la que adquieren importancia no tanto sus palabras cuanto su testimonio.

16. La presencia activa del amor de Dios Padre

Cuando el peregrino retorna a los suyos, a su casa, a su parroquia y al ejercicio de su profesión, es preciso que cuantos contemplan su forma de actuar, perciban en él la presencia activa del amor de Dios Padre, experimentado sin duda en el camino de la peregrinación que culminó en la Tumba del Apóstol. El reflejo de esta actitud puede contrastarse con una descripción del estilo de vida de los primeros cristianos cuando se afirma: “Aman a todos y son perseguidos por todos... Son pobres y hacen ricos a muchos; padecen escasez de todo y, sin embargo, también tienen de todo en abundancia”¹⁵.

¹⁵ *Carta a Diogneto*, 5.

Este amor tiene una doble dimensión. En su dimensión descendente, el peregrino en su ámbito ordinario tiene que vivir como salvado, o sea, como persona llena de la misericordia y de la fidelidad de Dios. La participación de la resurrección del Señor, adquirida por el Bautismo y pensada en el rito de la peregrinación, reaviva su condición de hijo adoptivo del Padre. Y esta experiencia filial debe irradiarse en su vida cotidiana. En su dimensión ascendente, ha de dar testimonio no sólo de que está inmerso en el amor de Dios sino que debe testimoniar también el poder dinámico de este amor. Jesús nos dijo: “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor... Nadie tiene mayor amor que el da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15, 9-10, 14-15). La presencia del amor de Dios Padre en sus hijos se manifiesta en la entrega de la vida de los hijos a sus hermanos pues “el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios”¹⁶. Desde esta conciencia el peregrino proclama la verdad del evangelio si vive en conformidad con la enseñanza de Jesús, sirviendo así de cauce y de instrumento al amor de Dios, pues el Evangelio se comprende fácilmente a través de la actuación de los cristianos. Al ver cómo actúan, “cómo se aman”, van dando testimonio de su fe en Cristo resucitado. El creyente, por el mero hecho de serlo, es un testigo de su fe. Si no confiesa su fe públicamente es porque no ha llegado a su madurez. La fe privada es una fe raquítica o tal vez una incredulidad escondida. Con frecuencia se oye decir: “Soy creyente pero no practico”. No hay fe sin testimonio: “Creí y por eso hablé; también nosotros creemos, y también por eso hablamos” (2Cor 4,13); “no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hech 4,20).

II. EL ALIMENTO ESPIRITUAL DEL PEREGRINO

17. Etapas en el camino de la fe

En la descripción del camino de la fe hacemos referencia a tres etapas: el actuar prepascual de Jesús, su cruz y su presencia viva como resucitado. Sabemos que Jesús no nos presentó una relación de verdades

¹⁶ BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica “Deus caritas est”*, n° 16.

abstractas, sino que hizo un camino y asumió su destino según el designio de Dios Padre bajo el impulso del Espíritu. Por esta razón, la fe no es ningún acto atemporal, por el que se aceptan verdades abstractas atemporales. “La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo”¹⁷. Es un acontecer y el creyente como el peregrino que se pone en camino, va haciendo etapas de su peregrinación hasta llegar a la meta. A la fe, don gratuito de Dios, no se llega de una vez para siempre. “Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla con la Palabra de Dios; debemos pedir al Señor que la aumente (cf. Mc 9,24; Lc17,5; 22,32); debe actuar por la caridad (Ga 5,6; cf. St 2,14-26), ser sostenida por la esperanza (cf. Rm 15,13) y estar enraizada en la fe de la Iglesia”¹⁸. En su estructura teológica la fe es un camino. Dios no actuó solamente una vez, sino que fue actuando dentro de una historia: “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos” (Heb 1,1-2). No olvidando las acciones del Señor, las etapas del camino de fe a las que hacemos referencia, son sólo tres hitos que están comprendidos en una historia más extensa como es la historia de la salvación.

18. La paciente escucha del actuar del Espíritu

El creyente se siente motivado personalmente a hacer un camino semejante, en cuanto que Dios no obra todo en él sólo en un momento determinado. Tener esto en cuenta es de especial importancia si -como en este caso- se intenta poner de relieve la fascinante dimensión de la fe cristiana. Nada sería más desolador que la idea de que el creyente tuviera que situarse en un estado especial de conciencia de sí mismo. En tal actitud convertiría en ídolos los productos de su capacidad creativa y presentaría tales ídolos como verdades cristianas. Por el contrario, la fe sólo puede crecer en una larga y paciente escucha del actuar del Espíritu. En el impaciente apresuramiento se impone sólo la propia voluntad humana, de esta forma el creyente quedaría preso de su propio actuar y perdería la capacidad de prestar atención a la acción misteriosa de Dios. La fuerza de

¹⁷ *Catecismo de la Iglesia católica* (=CIgC), n° 163.

¹⁸ CIgC n° 162.

la fe se muestra en la serena confianza de que también mañana, al día siguiente y así sucesivamente se puede todavía experimentar la novedad del misterio de Cristo Salvador nuestro.

19. Creer en comunidad

Aunque la fe es un acto personal “como respuesta libre del hombre a la iniciativa de Dios que se revela” y nadie puede creer por otro, en modo alguno es un acto “aislado”. La fe supone la conversión de la persona como lo pedía Jesús al comienzo de su predicación: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15), pero no es nunca un asunto meramente individual. “Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a si mismo, como nadie se ha dado la vida a si mismo. El creyente ha recibido la fe de otro, debe trasmitirla a otro”¹⁹. El Credo del concilio de Constantinopla en el año 381 dice: “Creemos”. Lo que equivale a decir que el cristiano no está solo en la vivencia de su fe. No llega a la fe en solitario, sino en medio de la comunidad creyente. Más bien recibe el testimonio de la fe de los hombres con los que vive. Los Padres de la Iglesia llaman al Credo también *Símbolo*. El término griego *symbolon* se relaciona con el verbo *syμβάλλειν*, cuyos variados significados siempre hacen referencia a “poner juntamente” o “encontrarse juntamente”. Originariamente, el término indica el acto de personas que se encuentran o reúnen para hacer o estipular pactos. En el transcurso de tales encuentros se concertaban asimismo signos distintivos y caracterizadores de sus tratos o pactos. El símbolo de la fe²⁰ es el acto de encontrarse en torno a una única fe y el acuerdo que la comunidad cristiana hace sobre la identidad propia que le caracteriza. Es la formulación de la fe común. La fe es, pues, un camino a seguir, un modo de vivir que otras personas nos transmiten desde su historia, haciéndonos sentir peregrinos aquí en la tierra y desear la patria celestial, y nos abre a la comprensión del mundo, del hombre y de nuestra vida. En ella nuestra existencia adquiere sentido y finalidad, y acogemos el

¹⁹ CIgC n° 188.

²⁰ “Procura, pues, que esta fe sea para ti como un viático que te sirva toda la vida y, de ahora en adelante, no admitas ninguna otra, aunque fuera yo mismo quien, cambiando de opinión, te dijera lo contrario, o aunque un ángel caído se presentara ante ti disfrazado de ángel de luz y te enseñara otras cosas para inducirte al error. Pues, *si alguien os predica un Evangelio distinto del que os hemos predicado -seamos nosotros mismos o un ángel del cielo-, sea maldito*” SAN CIRILO DE JERUSALEN, *Catequesis 5, Sobre la fe y el símbolo*, 12-13: PG 33, 519.

mensaje cristiano como sentido para nuestra vida a la vez que afirmamos que el cristianismo es nuestro camino, al decidirnos por esta forma de ver el mundo y la realidad humana²¹.

20. Origen de la fe en la fuerza de Dios

La fe es el acto espiritual en el que el hombre experimenta la más elevada realidad y en el que recibe la iluminación para “conocer la gloria de Dios” (2 Cor 4,6). Además de ser un acto personal y cognoscitivo, por su naturaleza es algo distinto al conocimiento de las cosas. Esta peculiaridad aparece en la sencilla escena de Cesarea de Filipo, en la que Jesús ante la confesión de Pedro sobre la mesianidad y filiación divina dice: “Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16,17). La confesión de Pedro no procedía de la lógica y de la razón humana sino de la revelación del Padre. El punto nuclear de nuestra fe es la divinidad de Jesucristo, estela que la barca de la Iglesia ha de llevar hasta los confines de la tierra. La fe tiene su origen no en el conocimiento del hombre, sino en la fuerza de Dios, es decir, en su gracia. En la fe la capacidad de conocimiento es potenciada y elevada en el mismo grado en que Dios como “objeto” trasciende todos los demás objetos de conocimiento. Ese conocimiento sobrenatural hace referencia a él. Por esta razón, la fe es respuesta a la invitación que Dios, movido por su amor, nos hace para comunicarnos con él y recibirnos en su compañía²². Fundamentalmente no significa el reconocimiento de una verdad objetiva sino el encuentro con un tú vivo, encuentro que acaece en la entrega, en la obediencia y en la elevación amorosa del yo humano a la comunión con Dios. De esta forma, es ante todo correspondencia personal, en la que el hombre reconoce por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo a Dios Padre, se somete a él con todas sus fuerzas y se entrega a él totalmente. Esto nos lleva a considerar la fe como una palabra efectiva, en la que el Dios de la revelación se comunica al hombre, creado a su imagen y semejanza, y éste responde adecuada y humanamente con su entrega total.

21. La fe como acto de toda la persona

²¹ Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico*, Salamanca¹¹2005, 84s.

²² Cf. Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática “Dei Verbum”*, nº 2.

En la historia de la reflexión teológica se ha hablado y escrito reiteradamente sobre si la fe es un acto del entendimiento o de la voluntad. Unos, siguiendo a Tomás de Aquino, consideraron primariamente la fe como un acto del entendimiento, de forma que la fe quedó determinada sobre todo como creer en la verdad de algo. Otros, en la línea de la reflexión protestante, se decantaron por la fe como sentimiento, opinión que también se introdujo en algún sector católico, acentuándose también en la actualidad la experiencia personal. Ante estas visiones unilaterales, podemos decir que la fe es un acto humano, un acto de toda la persona según la doctrina, fundamentada en las Sagradas Escrituras y en el magisterio eclesial. “No es ni un solo acto del entendimiento que considera ciertas verdades de la fe, ni una sola decisión de la voluntad, ni menos aún un sentimiento vacío de contenido. En el acto de fe convergen todas las potencias anímicas: entendimiento, voluntad y sentimiento. El acto de fe es una actitud existencial totalizadora, que abarca todas las potencias del hombre: el entendimiento, la voluntad y el sentimiento. La fe significa afirmarse en Dios, fundar toda la existencia en Dios”²³. En este contexto, son muy iluminadoras las palabras del entonces profesor J. Ratzinger al comentar el pasaje de las *Confesiones* de San Agustín que hablan de la conversión del platónico Mario Victorino: “Comprendió que el cristianismo no es un sistema de ideas, sino un camino. El nosotros de los creyentes no es un accesorio secundario para espíritus mediocres, es en cierto sentido la cosa misma; la co-humana comunidad es una realidad que se sitúa en un plano muy distinto al de las puras ‘ideas’. El platonismo nos da una *idea* de la verdad; la fe cristiana nos ofrece la verdad como *camino*, y sólo por ser camino se convierte en verdad de los *hombres*. La verdad como puro conocimiento, como pura idea es inoperante. Será verdad de los hombres en cuanto camino que ellos mismos reclaman, pueden y deben recorrer”²⁴. Esta experiencia en el día a día de la peregrinación la viven y la manifiestan los peregrinos.

22. El encuentro de Dios en el camino de la historia

La fe no es un acto obsequioso a un Dios desconocido, sino que presta oídos acogiendo su Palabra que nos ha dicho a través de la

²³ W. KASPER, *La fe que excede todo conocimiento*, Santander 1988, 59.

²⁴ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo...*, 86.

historia y, sobre todo, por medio de Jesucristo en quien encontramos la verdad sobre Dios y sobre el hombre²⁵. No es, por tanto, confiar en un algo indefinido y desconocido, sino reconocer y admitir la verdad, conduciendo al conocimiento y no marginando la ciencia²⁶, pues el verdadero creyente no renuncia a pensar, puesto que ha de estar siempre dispuesto a saber dar cuenta acabada de la praxis y del contenido de su fe. El ideal no es la fe desinformada, sino la fe informada e instruida. Explicarla quiere decir preguntarse cuál es el contenido propio de ella y cuáles son sus rasgos característicos. El creyente, en la medida de sus fuerzas y posibilidades, ha de mostrar ante el foro de la razón humana que esa fe es razonable y creíble. En la actualidad, algunos cristianos no conocen ya las verdades fundamentales de la fe cristiana; en muchos casos el contenido de la fe se ha reducido hasta un nivel sorprendente e inquietante, porque una fe carente o vacía de contenido sería una fe sin consistencia y no tendría objeto, en el doble sentido de la palabra: se evaporaría rápidamente y tendría el peligro de mezclarse, hasta hacerse irreconocible, con otras posiciones, movimientos, ideologías y utopías.

23. Acto de fe y contenido de la fe

“Crear es un acto humano, consciente y libre, que corresponde a la dignidad de la persona humana”²⁷, adhiriéndose con la inteligencia y la voluntad a la Revelación que Dios ha hecho de si mismo mediante sus obras y sus palabras. “El acto de fe del creyente no se detiene en el enunciado sino en la realidad enunciada. Sin embargo nos acercamos a

²⁵ Cf. Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral Gaudium et spes*, nº 22; R. GUARDINI, *Der Heilbringer im Mythos, Offenbarung und Politik. Eine theologisch-politische Besinnung*, Mainz 1979, 43: “Cristo ha descubierto también al hombre. A la pregunta de qué es el hombre, pueden darse dos respuestas. Una dice: es aquel ser a cuya existencia pudo Dios traducirse, el idioma en que Dios pudo decirse a sí mismo. El hombre es de tal naturaleza que el Dios Vivo puede expresarse en Jesús niño, socorro de los enfermos, maestro de los desorientados, silencioso ante Pilatos, agonizante en la cruz. Pero también es aquel ser que dio muerte al Hijo Eterno cuando estuvo en el mundo como Verbo de Dios y resplandeció como luz eterna en un semblante humano. Si el hombre acepta lo que Cristo le ofrece, ábrelese los ojos para ver quién es Dios y quién es él mismo; qué es él mismo y qué es el mundo. Esta es la Verdad, y por medio de ella se libera el hombre”.

²⁶ “Por eso, la investigación metódica en todas las disciplinas, si se procede un modo realmente científico y según las normas morales, nunca estará realmente en oposición con la fe, porque las realidades profanas y las realidades de la fe tienen su origen en el mismo Dios. Más aún, quien con espíritu humilde y ánimo constante se esfuerza por escrutar lo escondido de las cosas, aun sin saberlo está como guiado por la mano de Dios, que, sosteniendo todas las cosas, hace que sean lo que son” *Gaudium et spes*, 36,2.

²⁷ CIgC nº 180.

estas realidades con la ayuda de formulaciones de la fe. Estas permiten expresar y transmitir la fe, celebrarla en comunidad, asimilarla y vivir de ella cada vez más”²⁸. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que una absolutización del contenido de la fe transforma la transmisión y la mediación de la fe en adoctrinamiento. La fe es siempre y al mismo tiempo acto de fe y contenido de fe -doctrina-. Este sólo se expresa en la realización vital y práctica que, teniéndolo a la vez como referente, está sostenida y animada por él. El acto de fe y el contenido de fe constituyen un todo indivisible en cuanto entrega personal y total al Dios que se revela en la palabra y en la acción y, como compendio de una y otra, en Jesucristo, contenido de la fe y testigo fiel de la misma.

24. La actitud de súplica y la fe en plenitud

El encuentro en fe suscita el calor del corazón como los experimentaron los “peregrinos de Emaús” y así lo manifiestan al decir: “¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras?” (Lc 24,32). Desde esta experiencia comprenden de forma nueva la propia vida y la historia misma. Tras la conversación, al llegar a su destino y ya inminente el “reconocimiento” del Resucitado, la palabra y la actitud de ellos se hacen una invitación a Jesús, que en el fondo es una súplica apremiante: “Quédate con nosotros, que ya está atardeciendo y el día va ya de caída” (Lc 24,29). Es una oración, fruto de un itinerario de fe que encuentra su meta en el encuentro definitivo y eterno con Dios, viéndole cara a cara. La fe en Dios es de suyo una cierta anticipación de esa meta; en la fe el hombre se pone ya ahora en camino hacia Dios para adherirse a él en el amor como lo hizo Abrahán. Un camino seguro para esta experiencia de fe es la oración. Lamentablemente, una de las deficiencias que se encuentran más frecuentemente en la vida de fe, es la falta de experiencia religiosa originada en la oración. Así lo expresan los peregrinos a Santiago.

25. El Mesías a la luz de las Escrituras

La incompreensión por parte de los discípulos de Emaús de la muerte de Jesús es una manifestación clara de una fe débil que no fundamenta suficientemente la esperanza. Las palabras que les dirige Jesús

²⁸ CIgC nº 170.

resucitado no sólo tratan de demostrar que él era el Mesías sino también *cómo* era el Mesías. Para ello, recurre a las Sagradas Escrituras. La referencia a Moisés y los profetas demuestra que las promesas de Dios se cumplen en el destino de Jesús. La consecuencia lógica y la realización de estas promesas son las que revelan la voluntad de Dios, sus intenciones en la historia y los caminos de salvación. Lo que a los hombres les parece absurdo y lo que estos discípulos no comprenden tiene su sentido escondido en los designios de Dios: “¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?” (Lc 24,26). Es la lectura en fe de la historia que nunca es neutra.

El silencio es el lugar de la Palabra, y el peregrino ha de meditarla a lo largo del camino de su peregrinación como lo hicieron los de Emaús. En la Palabra de Dios encontramos el modo de descubrir las diversas experiencias humanas en el deseo del bien y de la verdad para reunificarlas de un modo coherente, apareciendo el anuncio de la resurrección como el sello de Dios sobre un designio de salvación y no como un acontecimiento extraño e inesperado. Nos sentimos interpretados y comprendidos por la Palabra divina que es el espejo donde ha de mirarse el hombre que busca a Dios, la verdad y el significado de la vida, tratando de escapar de la desesperación y del miedo que lo atenazan cuando se encuentra sin ideales, y que le llevan a tener experiencias excitantes en la inmediatez, haciéndole caer después en el vacío.

26. El “reconocimiento” de Jesús en la Eucaristía

Jesús acepta la invitación de los de Emaús para quedarse a cenar con ellos en su casa y logra la renovación de su vida comunitaria. Las expresiones utilizadas en el transcurso de la cena hunden sus raíces en la institución de la última Cena prepaucal: “Tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo ofreció” (Lc 24,30). El acontecimiento de la última Cena viene comprensiblemente a nuestra memoria. El “reconocimiento” de Jesús por parte de estos discípulos acontece en estrechísima vinculación con la celebración eucarística, donación de Jesús. Lo que hasta ahora les faltaba y que no había tenido lugar en la conversación a lo largo del camino, era el encuentro personal con el Resucitado. Ahora lo “reconocieron” y se les abrieron los ojos. Hay pues un conocimiento real que exige y hace participar al hombre en su totalidad. Por importante y decisivo que sea el conocimiento de las Escrituras, éste

solo no opera todavía el “reconocimiento” de Jesucristo resucitado, aunque es la última y mejor preparación para conseguirlo. En una palabra, sólo la aceptación del testimonio de la Escritura y la donación de Jesús en la Eucaristía lo hacen posible, resaltando siempre que ésta comunica, de una manera especial, la experiencia de la presencia real y verdadera del Señor. “La comprensión de la Escritura y la Comunidad eucarística engendran, pues, no sólo el conocimiento de que este extraño desconocido es el Jesús buscado y al que se había dado por perdido, sino que transmiten también una nueva manera de su presencia: la presencia completamente distinta del Señor que, elevado al cielo, sigue en medio de los suyos”²⁹. Más que ir nosotros al Señor, es él el que viene a nosotros en el sacramento del altar, acompañándonos en nuestro camino. “En efecto, en este sacramento el Señor se hace alimento para el hombre hambriento de verdad y libertad. Puesto que sólo la verdad nos hace auténticamente libres (cf. Jn 8,36), Cristo se convierte para nosotros en alimento de la Verdad”³⁰. Este sacramento es la máxima prueba de amor y “es lo más parecido a la vida eterna que se nos podía mandar. La vida eterna viene a ser una continuación de este sacramento, en cuanto que Dios penetra con su dulzura en los que gozan de la vida bienaventurada”³¹

27. Los peregrinos y la “fracción del pan”

La “comida eucarística”, celebrada en torno a “Aquel que es, y que va a venir” (Ap 1,8), es el signo elocuente de que la comunidad de vida, interrumpida, recomienza con una calidad excepcional. La escena de los de Emaús resulta particularmente diáfana a este respecto. Constituye del algún modo la sutura, la transición entre la presencia histórica de Jesús en forma visible, perceptible para todos, cuando compartía la comida con sus discípulos, incluyendo entre otras la Cena, y su presencia litúrgica “sacramental” en el acto de la “fracción del pan”, que se convirtió muy pronto en habitual entre las comunidades cristianas tras el período de las experiencias privilegiadas de las *apariciones*. La transformación de los discípulos y el reconocimiento de Jesús se realizaron mediante dos signos: la Palabra de la Escritura (por el camino) y la fracción del pan (en casa).

²⁹ K. LEHMANN, *Jesucristo resucitado, nuestra esperanza*, Santander 1982, 130.

³⁰ BENEDICTO XVI, *Exhortación apostólica postsinodal Sacramentum caritatis*, n. 2.

³¹ SAN ALBERTO MAGNO, *Comentario sobre el evangelio de san Lucas 22,19*: Opera omnia, París 19890-1899, 23, 674.

El relato de Emaús es un mensaje de una trascendencia incalculable para las dudas y la problemática moderna ante el misterio pascual. Muestra por qué y, sobre todo, cómo puede creerse también hoy en el Resucitado. La Iglesia misma no puede hacer más que crear y alimentar un ambiente apropiado para que esta fe pueda desarrollarse a través de la evangelización mediante la Palabra contenida en la Escritura y a través de la celebración eucarística, memorial de Jesucristo. Este relato justifica por qué la Iglesia, por la fuerza reconciliadora del Espíritu Santo, está edificada en la Palabra de Dios y en la Eucaristía.

28. La realidad del pecado

La concepción cristiana del hombre como *homo viator* o peregrino, está en las antípodas de aquella que lo presenta como formando parte de una especie de proyecto terminado. La fe cristiana concibe al hombre como alguien abierto al Misterio. “El es sobre todo un sujeto y un destino; es una complejidad que hay que acoger en su figura, trayectoria, intencionalidad y futuro”³², y este futuro, aunque en cierto grado presentido en grandes líneas, no es realmente previsible. “El hombre es pregunta que no cesa, un asombro absoluto ante la realidad, una esperanza indestructible. Pregunta, asombro y esperanza lo constituyen en caminante que impertérrito avanza hacia su destino”. En esta perspectiva, el pecado que “es una falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; que es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo a causa de un apego perverso a ciertos bienes, y que hiere la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana”³³, y las ambigüedades de la existencia pueden comprenderse no como fracasos irremediables en relación con el proyecto humano, sino como rupturas y desvíos en el proceso hacia la madurez que apartan al hombre de Dios, su fin último y su bienaventuranza. Por todo ello, el itinerario de la fe no puede ser ajeno al peregrinar humano que está marcado por la realidad de la experiencia de la culpa y, unida a ella, por la experiencia del pecado.

29. El perdón como acogida amorosa del pecador

³² O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *Ob. cit.*, 163.

³³ CIgC n° 1849.

Entre las pretensiones de Jesús que más escandalizaron a los fariseos está la narrada por el evangelista san Juan: “¿Quién de entre vosotros puede acusarme de pecado?” (Jn 8,46). Centrándonos en lo esencial, la *justicia* de Jesús consiste esencialmente en el hecho de que en su vida únicamente ha habido un “sí”: “sí” al amor de Dios Padre, sí al amor de los hombres, sus hermanos. Esta actitud de Jesús clarifica radicalmente, por lo contrario, la situación del pecado como una situación de encerramiento, bloqueo, ruptura de relación con Dios y los demás. El perdón, tal como Jesús nos lo hace entender, no es el pago de una deuda, sino una real acogida del pecador con todo lo que él es y así se manifiesta en la parábola del hijo pródigo (cf. Lc 15,11-32). Dios nos ama y cada vez que actuamos ignorando o rechazando esta realidad, negamos nuestra propia condición de criaturas y nos hacemos extraños a nosotros mismos al rechazar la familiaridad divina, escondiéndonos entre los árboles de nuestras vanas pretensiones de querer ser como él (cf. Gen 3,8). Para salir de esta alienación no hay otro camino que reconocernos amados, reconocer esa mirada de amor de Dios sobre nosotros.

30. Reconciliación del pecador

El cristianismo, que “no es primordialmente religión de ilustración, revelación o gnosis sino de salvación, santificación y resurrección de la carne”³⁴, no puede reducirse a una filantropía, por muy generosa que ésta sea, pues implica como dato esencial la realización de una comunión de los hombres con el Dios vivo, manifestado de un modo decisivo en Jesucristo. Por tanto, la conversión o perdón es un cambio radical del corazón del hombre que reconoce el amor que Dios le tiene. En este convencimiento valoramos la necesidad y la importancia del sacramento de la Penitencia. Bien sabemos que en los tiempos actuales la confesión explícita de los pecados no es vista con agrado y no es aceptada por algunos miembros de la comunidad cristiana. Es en este punto precisamente donde se encuentran las dificultades más radicales que hacen que no pocos cristianos abandonen la recepción de este Sacramento. La expresión frecuentemente repetida de “yo me confieso directamente con Dios y eso me basta” pone de relieve la posibilidad de que exista una toma de conciencia de pecado sin sentir por ello necesidad de expresarla

³⁴ O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *Ob. cit.*, 417.

explícitamente. Sin embargo, a la luz de la doctrina católica esta actitud no es suficiente. El pecado como ofensa a Dios rompe la comunión con Él y atenta contra la comunión con la Iglesia. Lo que se pone en juego en el perdón de los pecados y en la conversión no es tan sólo una toma de conciencia y una relación íntima del creyente con Dios, sino una reconciliación que debe realizarse en lo concreto de la historia del creyente, vinculado a otros miembros del pueblo congregado por Dios que es la Iglesia. No se trata de una realidad con sólo dos actores, Dios y yo, sino con tres: Dios, los demás y yo. Se trata de un proceso de reconciliación; no basta, pues, dolerse para ser reconciliado; falta todavía que aquel a quien yo he perjudicado me manifieste su perdón; como tampoco basta perdonar: falta que quien me ha hecho el mal manifieste que acepta mi perdón. El perdón de Dios se personaliza en mí mediante la palabra de la Iglesia.

31. La eclesialidad de la Penitencia sacramental

La reconciliación que implica el perdón de Dios y la reconciliación con la Iglesia, se realiza en la convergencia de esos dos caminos y se visibiliza por medio de signos externos. Es ahí donde se sitúa la confesión explícita de los pecados. No se trata de una autoacusación ante el espejo de la propia conciencia, sino de reconocer delante de otro aquello que uno es. Bien es verdad que desde los más primitivos testimonios de la fe cristiana la remisión del pecado no es tarea de la persona del pecador sino sólo de Dios que da su gracia para el acto de la conversión. Pero no todo termina aquí. Falta la dimensión eclesial de la penitencia, manifestada en las antiguas formas mediante la excomunión y reconciliación. Aquí aparece claramente que el pecador no sólo peca contra la realidad de un Dios trascendente, sino contra la realidad de Jesucristo que sigue viviendo en la Iglesia. Esta eclesialidad de la penitencia queda expresada incluso en las manifestaciones de autores protestantes³⁵. Al aspecto eclesial del sacramento de la Penitencia le corresponde un significado singular, del que recibe su relevancia el rito penitencial y no viceversa.

En definitiva, se puede decir que la lectura de la Palabra de Dios y la participación en la Penitencia y en la Eucaristía, como

³⁵ “Donde se hace penitencia y donde todo creyente sabe que el hermano hace personalmente penitencia surge la comunidad”: E. ZELLWEGER, *Beichte und Vergebung*, Basel 1959, 13. “En el hermano al que confieso mi pecado y que me perdona mi pecado me sale al encuentro toda la comunidad”: D. BONHOEFFER, *Gemeinsames Leben*, München¹³1970, 13.

reconocimiento del amor de Cristo resucitado, son apoyos necesarios durante la peregrinación para llegar a la meta, pues “la eucaristía es el alimento del pueblo peregrino”³⁶, la Palabra de Dios es luz para sus pasos y el sacramento de la Penitencia es acoger la bondad y la misericordia de Dios en medio de nuestra fragilidad y de las inclemencias del mundo.

III. LA PEREGRINACIÓN, ACONTECIMIENTO EVANGELIZADOR Y RESPUESTA A LA LLAMADA EN EL CAMINO

32. El camino interno de la fe

“El tiempo como ámbito de la gracia es antes que nada posibilidad de vida eterna para el hombre peregrino... De ahí que el tiempo sea siempre tiempo delimitado, con principio y fin, para la mentalidad bíblica, en tanto que tiempo de salvación. El paradigma se halla en la delimitación de la historia la salvación por la creación y la venida del día del Señor: conviene pues caminar mientras hay luz, para no ser sorprendidos por las tinieblas; el que camina en tinieblas no sabe a donde va (Jn 12,35). Un tiempo de salvación con un contenido además específico: la fe. A ella tiende la predicación de Jesús mismo. Ella es el objetivo que Jesús persigue en sus oyentes: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15)”³⁷. La búsqueda sincera y concienzuda de la verdad es una posibilidad interna de la fe. Esa búsqueda pertenece, pues, a la condición del hombre que peregrina comunitariamente hacia Dios pues somos como gotas de agua en el gran río que espera encontrar el remanso de Dios. En este sentido la fe no es una postura estática e inamovible, sino un camino. Por ello no sólo hay un camino que conduce a la fe, sino también un camino en la fe misma, es decir, un crecimiento o progreso en la fe como lo refleja san Pablo cuando escribe: “No presumimos más de lo justo aprovechándonos de trabajos ajenos; abrigamos, en cambio, la esperanza de que, al ir creciendo vuestra fe, nuestra labor entre vosotros produzca un fruto cada vez mayor dentro de los límites que nos han sido asignados” (2 Cor 10,15). Vamos creciendo en el conocimiento de Dios y en la fe.

³⁶ LXXI ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL, “*La Eucaristía, alimento del pueblo peregrino*”. Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española ante el Congreso Eucarístico Nacional de Santiago de Compostela y el Gran Jubileo del 2000 (Madrid, 4 de mayo de 1999), n. 20: “La Eucaristía, alimento de los que peregrinan”.

³⁷ A. GONZALEZ MONTES, *Meditación del Cristianismo*, Madrid 1984, 27.30-31.

33. “Creer y confesar la fe”

Estamos viviendo un momento de fuerte secularización interna que se manifiesta en “la débil transmisión de la fe a las generaciones jóvenes; la desorientación que afecta a un buen número de sacerdotes, religiosos y laicos; la disminución de vocaciones para el sacerdocio y para los institutos de vida consagrada; la pobreza de la vida litúrgica y sacramental de no pocas comunidades cristianas; la aparición de nuevas formas de disenso teológico y eclesial, y la escasa presencia pública de los católicos”³⁸. Necesitamos no sólo maestros sino sobre todo testigos de la fe. No basta con creer en la divinidad de Cristo, hay que testimoniarla. Testigo es aquel “que ha visto algo y asegura lo que ha visto, es el que se compromete personalmente por lo que ha visto y ha comprendido”. El testimonio que debemos dar los creyentes en Cristo se refiere a su persona, a su poder, a su vida, a su capacidad de construir una humanidad nueva en la que las relaciones han de ser de servicio, de gratuidad, de amistad, de generosidad y disponibilidad. Por eso antes que de un proyecto o de una idea somos testigos de una persona, la de Cristo, nuestro Salvador. Y este testimonio lo damos con la fuerza del Espíritu Santo: “Nosotros somos testigos de estas cosas y también el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que le obedecen” (Hech 5,32). Ciertamente anunciamos el mensaje de salvación apoyados sobre el fundamento del testimonio apostólico pero también sobre la referencia a las obras del Espíritu en la Iglesia, que son toda actividad eclesial de fe, esperanza y caridad que suscita el Espíritu.

Así, el peregrino de la fe que ha llegado *ad limina beati Iacobi*, que ha escuchado la Palabra de Dios, que se ha reconciliado con Dios recibiendo el sacramento de la Penitencia y que mediante la participación en la celebración de la Eucaristía se sabe referido en la esperanza a la comunión eterna con Jesús resucitado y con los miembros de su Cuerpo, no puede contener el impulso ni la alegría de transmitir esa experiencia. El testimonio o confesión forma parte esencial de la fe, pues “en la medida en que doy testimonio, participo yo también del evangelio; en la medida en que conduzco a otros a Dios, me conduzco a mí también. Sólo se conoce a Dios en la medida en que se le da a conocer. Confesarla es

³⁸ Conferencia Episcopal Española, *Plan Pastoral 2006-2010*, Madrid 2006, 4.

el mejor modo de aumentar la propia fe [...] Creer es confesar la fe”³⁹. Sin embargo, en la actualidad en que se trata de reducir la fe al ámbito privado, no se aprecia suficientemente el testimonio de fe, al contrario de lo que acaecía en otras épocas de la historia de la Iglesia, en las que la palabra “confesión” tenía una valoración positiva. Baste referirnos a la “iglesia confesante” o a la palabra *confesor*, que propiamente viene a equivaler a *mártir*⁴⁰. Hemos de mirar a los testigos de la fe cuando “el mundo en que vivimos parece con frecuencia muy lejos de lo que la fe nos asegura; las experiencias del mal y del sufrimiento, de las injusticias y de la muerte parecen contradecir la buena nueva, pueden estremecer la fe y llegar a ser para ella una tentación”⁴¹.

La confesión de fe supone una fuerza de decisión y responsabilidad. Llevada e impulsada por una voluntad comprometida, se apoya en un saber y conocer, en un convencimiento que se puede formular en contenidos. El dar testimonio presupone conocimiento de causa, orientación y capacidad de dar respuesta a todo el que pida razón de nuestra esperanza fundamentada sobre nuestra fe (cf. 1Pe 3,15).

34. La actitud negativa actual frente a la confesión de fe

Si hoy la palabra “confesión” está minusvalorada, no se trata sólo de un aspecto o cambio de nomenclatura, de una sustitución por otra palabra posiblemente más acertada, sino más bien de una notable deficiencia objetiva que se percibe en la conducta del hombre de nuestros días, tan apreciable como inquietante para la fe cristiana. La actual tendencia a valorar negativamente la actitud confesante emana de la concepción tan extendida de que no existen contenidos permanentes ni orientación alguna válida, porque todo cae dentro de la resaca pasajera de lo histórico, de lo relativo, de lo no obligatorio, porque aparentemente no hay nada inmutable dentro de la mutación universal, y porque todo se dice de nuevo y se acomoda gracias a la interpretación. No hay que olvidar que el rechazo actual a la confesión de fe hunde sus raíces también en el rechazo a la obligación, en la actitud de rehuir la afirmación y la decisión concretas, en la inquietud de eludir la responsabilidad evitando todo

³⁹ M. GELABERT BALLESTER, *Creer sólo en Dios*, Madrid 2007, 36.

⁴⁰ Cf. N. BROX – W. SEIBEL, “Confesión”, en: *Conceptos fundamentales de la teología*, t. 1, Madrid 1966, 265-270.

⁴¹ CIgC n° 164.

esfuerzo y no corriendo ningún riesgo. Propositiones teológicas tan importantes como las del “cristiano anónimo”, de tanta trascendencia para la consideración del creyente y para la consiguiente dignificación de los no cristianos⁴², ¿no pueden interpretarse equivocadamente, convirtiéndolas en principio teológico universal, en cuyo horizonte se recomienda dejar todo como está, relativizar la predicación y especialmente todo lo referente a la misión, hasta encontrarlo problemático en grado sumo, porque por todas partes existen ya caminos de salvación, caminos que llevan a Dios?

Si no hay contenido alguno que se pueda formular en la confesión de fe, entonces tampoco hay una finalidad capaz de mover a una posible decisión, y de justificar un sacrificio y un riesgo. No obstante, conviene tener en cuenta estos presupuestos para poder captar, a través del negativo de la fotografía de esta realidad, lo que existe dentro de este rechazo actual de una actitud confesante.

35. Vinculación esencial entre fe y testimonio

Pese a todo, el auténtico creyente es testigo de la fe. No se puede confesar que el teorema de Pitágoras es exacto, que el emperador romano César ha muerto, que Napoleón existió. Pero sí se puede confesar que Cristo ha muerto “por mí”. Es decir, sólo es objeto de una actitud confesante lo que no se impone, lo que no posee una evidencia universal, lo que es fundamento de una existencia, de una vida y de una muerte. La confesión y el testimonio van ligados intrínsecamente y esencialmente a la fe. La relación entre la vida y confesión de la fe es una realidad de profundo calado antropológico.

Confesar la fe, en cuanto actividad y manifestación, y confesión de la fe, en cuanto figura de lo expresado en esta actitud, son la voz, la respuesta, el testimonio. Dicha confesión es signo de que la fe fue escuchada, de que su palabra se ha hecho perceptible y ha sido acogida. Pero la “confesión” no es simplemente voz de la fe religiosa, como sucede en las religiones de la naturaleza o en las religiones cósmicas, las cuales no llegan a ninguna historicidad o resolución, puesto que todo, incluso lo opuesto, tiene cabida y es asimilable en su sincretismo. De estas religiones es característico el no verse ligado a ninguna época, a ningún

⁴² Cf. K. RAHNER, “Los cristianos anónimos”, en: *Escritos de teología*, t. 6, Madrid 1969, 535-544. K. RIESENHUBER, “Der anonyme Christ nach K. Rahner”, *Zeitschrift für katholische Theologie*, 86 (1964), 286-303.

acontecimiento o persona histórica, sino encontrarse metidas en el ciclo del constante eterno retorno, de forma que de su contenido se puede decir: “nunca sucedió, pero existe siempre”. En este caso, no existe ninguna confesión o testimonio, porque no se da ninguna afirmación clara⁴³. De todo ello se desprende que la “confesión” solamente existe allí donde ésta no se desvanece en nebuloso sincretismo, sino donde la fe tiene formulaciones claras, donde aconteció algo histórico, donde se encuentran personas históricas como portadoras y mediadoras de la fe, donde la fe no es eco de la propia reflexión, sino respuesta a una palabra que no es palabra humana, es decir, respuesta a un acontecimiento histórico que el hombre no lo ha escenificado, ni manipulado ni originado.

36. La confesión de fe como respuesta

Por todo lo dicho, la confesión de fe es posible y se da de hecho dentro de la religión bíblica, que culmina en la automanifestación de Dios en Jesucristo. La fórmula fundamental de este tipo de fe, en cuanto respuesta a la amplia autocomunicación histórica y personal de Dios es el “yo creo en tí”. Por lo tanto la “confesión”, en su auténtico sentido, sólo es posible cuando existe una fe verdadera y si deseamos dar una respuesta desde la fe, esto sólo es posible allí donde exista una fe como respuesta a Dios. Consiguientemente la confesión de fe contiene una expresión clara, objetivamente determinada y articulada. No es exhaustiva ni describe todo lo posible, sino que se refiere al *núcleo*, al punto clave al que se orienta la fe y al que ésta responde: “Escucha, Israel, Yahvé es nuestro Dios, Yahvé es único” o “Jesús es el Señor, el Cristo”. De este núcleo de la confesión bíblica han salido las confesiones más amplias de fe: la llamada confesión de la fe apostólica en Dios Padre, en Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, y en el Espíritu Santo y su obra, así como los posteriores símbolos⁴⁴.

37. La confesión de fe expresión de la historicidad de la Iglesia

De todo lo dicho se desprende que la confesión de fe es la expresión y la voz de una fe, relacionada con la comunicación de Dios histórica, personal, oral; de una fe cuyo contenido se expresa en sus artículos. Este dinamismo favorece nuestro discernimiento frente a posibles

⁴³ Cf. H. FRIES, “Mito y revelación”, en: *Panorama de la teología actual*, Madrid 1961, 19-59; ID., *La Iglesia en diálogo y encuentro*, Salamanca 1967, 185-209.

⁴⁴ Cf. O. CULLMANN, *Les premières confessions de foi chrétiennes*, Paris ²1948.

falsas interpretaciones o simplificaciones de la fe y frente a la incredulidad y falta de fe. Todo esto supone que la fe no es asunto privado ni tampoco se le puede privatizar, sino que tiende a manifestarse en el ámbito comunitario. La actitud confesante como expresión, testimonio y voz de la fe en la comunidad de creyentes, ha de ser una actitud *permanente* y, dado que la Iglesia vive y se realiza en la historia con la confianza de que “las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella” (Mt 16,18), se manifiesta con ocasión de determinadas situaciones de provocación, escepticismos, disputas, dificultades, agresiones, etc. De aquí que la confesión de la fe tiene que realizarse y actualizarse de cara a estas circunstancias concretas. El creyente, en su actitud de propuesta y nunca de imposición, debe tomar la palabra y responsabilizarse ante la opinión pública, la neutral y la contraria, la científica, la social o la política.

38. Experiencia del testimonio de ayer y de hoy

En este horizonte, el peregrino jacobeo debe dar testimonio de la experiencia vivida humana y espiritualmente en la peregrinación a la tumba del Apóstol Santiago, “zarza ardiendo”, ante la que ha descalzado su alma para acoger el perdón y la gracia del encuentro con Dios. En el camino y en su meta ha podido percibir también el testimonio de los peregrinos de ayer. Por todo ello, el testimonio del peregrino de hoy no parte de cero, sino que presupone un don que nos ha sido transmitido, para hacerlo propio; tampoco significa repetir simplemente lo pasado, sino traer el pasado al aquí y al hoy. Es necesario que el hombre que por su origen y vocación está situado en lo concreto, se mueva por un objetivo concreto en su vida, en su profesión, en el encuentro con los hombres, y en la búsqueda de Dios y de la salvación.

39. El testimonio y la unidad

El cristiano es consciente de que Dios ama a todos los seres y no aborrece nada de lo que ha creado; pues si hubiera odiado alguna cosa, no la habría creado (Sab 11, 25). No le es extraño, por tanto, que Jesús lleve consigo su gracia allí donde va y que nos pueda decir como a Zaqueo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abrahán, pues el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,9-10). Entra en casa de Zaqueo porque allí hay algo que salvar. La consecuencia es la conversión de este hombre, pequeño en

estatura física pero de una gran estatura espiritual, que como respuesta al Señor da la mitad de sus bienes a los pobres y devuelve el cuádruplo a los que hubiera defraudado (Lc 19,1-10). El peregrino, según la enseñanza de Jesús en este pasaje del Evangelio, más allá de los cálculos y precisiones de la lógica humana, debe fijarse en las posibilidades que ofrecen la escucha de la palabra de Dios, la cooperación, el servicio al hombre, la consolidación de la esperanza frente a la angustia y a la dispersión, ofreciendo lo que le es propio de su identidad cristiana. No debe ser una actitud de mínimos la que determine su forma de proceder sino la aspiración a ofrecer lo mejor de su fe y de su amor porque los cristianos, por lo que al testimonio se refiere, deben competir en la carrera del estadio de su vida no por el prestigio humano o el poder, sino por la mayor fidelidad y amor a Cristo, “corona incorruptible” que hemos de conseguir (cf. 1Cor 9,24).

Como en el caso de los peregrinos de Emaús, “reconocer a Jesucristo al partir el pan significa [...] que también a nosotros, cristianos, se nos debería reconocer al partir el pan, esto es, en el hecho de compartir y dar en gratuidad. No en vano se dice de los primeros cristianos: ‘Los creyentes estaban unidos y poseían todo en común’ (Hech 2,44). Sólo podemos compartir el pan eucarístico, si también compartimos el pan de todos los días”⁴⁵. Nuestra forma de estar y compartir con los hermanos es un testimonio del encuentro con Dios para los hombres y mujeres de hoy. Consecuentemente hemos de vivir todas las actividades humanas como acción de gracias a Dios, como “eucaristía” y “dejarnos inspirar y motivar por el gesto de Jesús al partir el pan. Debemos aprender de nuevo a compartir, a dar, a regalar. Necesitamos una nueva cultura del cariño, la solidaridad, el compartir y la compasión. Para nuestra sociedad es una cuestión de supervivencia de los valores humanos; igualmente, se trata en gran medida de nuestra credibilidad en cuanto cristianos”⁴⁶.

IV. EL PEREGRINO Y SU PARTICIPACION EN LA VIDA DEL RESUCITADO

40. La experiencia premonitoria del Tabor

⁴⁵ W. KASPER, *Sacramento de la unidad. Eucaristía e Iglesia*, Santander 2005, 37.

⁴⁶ *Ibid.*, 38.

La meta de la peregrinación se convierte para el peregrino en una experiencia de monte Tabor, como lugar de manifestación y de estar con el Señor, a quien revela el Padre como Hijo amado y a quien tenemos que escuchar (Mc 9,7). Aquí, cercano a la Ciudad del Apóstol, tenemos el “Monte del gozo”, llamado así porque de alguna manera anticipa en visión la meta del peregrino donde vivirá el gozo del encuentro con el Señor en la Casa del Apóstol Santiago. El hombre de nuestros días necesita esta experiencia como Pedro, Santiago y Juan para afrontar el compromiso cristiano en la superficie de la vida de cada día donde con frecuencia no se respira un ambiente cristiano y donde, al igual que aconteció a los discípulos de Emaús, puede sentir la tentación de volver desesperanzado e ensimismado en sus planteamientos a la aldea de su anonimato y de su privacidad religiosa, olvidando que la luz se enciende para ponerla en lo alto y no debajo del celmín (Lc 11,33) y que “a todo aquel que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos; pero a aquel que me negare delante los hombres, yo le negaré también delante de mi Padre que está en los cielos” (Mt 10,32-33).

41. La fe en el Resucitado, identidad del cristiano

El acontecimiento de la transfiguración del Señor en el monte Tabor, en el contexto de la fiesta judía de las tiendas relacionada íntimamente con la historia peregrinante del Éxodo⁴⁷, “confirma la confesión de Cesarea y consagra la revelación de Jesús, Hijo del hombre, paciente y glorioso, cuya muerte y resurrección cumplirán las Escrituras... Manifiesta a Jesús y su palabra como ley nueva. Anticipa y prefigura el acontecimiento pascual que, por el camino de la cruz, introducirá a Cristo en la plena expansión de su gloria y de su dignidad filial. Esta experiencia anticipada de la gloria de Cristo está destinada a sostener a los discípulos en su participación en el misterio de la cruz”⁴⁸. La Pascua es la victoria de Dios sobre la muerte y sobre el aguijón de la muerte que es el pecado (cf. 1Cor 15,56). Es el camino de la nueva creación, fruto del amor crucificado. La Resurrección consiste en la victoria del amor de Dios sobre la muerte y el pecado, y en la nueva participación en la gracia “a fin de que, al igual

⁴⁷ Cf. J. RATZINGER-BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret. Primera Parte: Desde el Bautismo a la Transfiguración*, Madrid 2007, 356-369.

⁴⁸ X. LEON-DUFOUR, *Vocabulario...*, 913.

que Cristo fue resucitado de entre los muertos, así también nosotros vivamos una nueva vida” (Rom 6,4). La fe pascual, es por tanto, una continua confesión de la acción salvífica de Dios, que precede a todo nuestro actuar. La fe en el Señor resucitado es centro de toda la vida cristiana: “Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, aún estáis en vuestros pecados... Pero no; Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicias de los que duermen” (1Cor 15,17.20). No podemos ser cristianos si no creemos en Cristo resucitado que hace posible nuestra relación filial con Dios y nuestras relaciones fraternas con los demás. Es preciso, pues, que vivamos convencidos de nuestra vocación de resurrección y de inmortalidad. Por efecto del materialismo vital podemos desconsiderar la resurrección cayendo fácilmente en la tentación del “comamos y bebamos, que mañana moriremos” (1Cr 15,32), aspirando a las cosas de la tierra y no a la de arriba “donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”, y viviendo las realidades terrenas sin tener en cuenta que hemos muerto en el Bautismo al hombre viejo y que nuestra vida está oculta con Cristo en Dios (Col 3, 1ss). Por eso san Pablo exhorta: “Revestíos pues como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene quejas contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo. Y sed agradecidos” (Col 3,12-15). Como miembros de la comunidad concreta que es la Iglesia, tenemos que ser testigos de la resurrección del Señor, dando a conocer a todos la acción salvífica de Dios.

42. La fundamental superación de la muerte

Los que no aceptaron el mensaje de Jesús, interpretaron que la cruz fue el fracaso de su proyecto. Por el contrario, sus discípulos experimentaron en los acontecimientos pascales la confirmación de su Maestro por parte de Dios. La resurrección es la respuesta del Padre a la obediencia incondicional del Hijo. “A este Jesús Dios lo resucitó, de lo cual todos nosotros somos testigos. Sepa con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros crucificasteis... Era el hombre de Dios, el ungido por el Espíritu y pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo porque Dios

estaba con él” (Hech 2,32.36.38). También confirmaba el estilo de vida y el mensaje de Jesucristo y era el sello de su autenticidad divina y de la verdad de su causa pues “lo ha resucitado de entre los muertos, dándonos a todos una garantía sobre El y su misión” (Hech 17,31). No se trató simplemente de la confirmación de una única verdad ya que la muerte de Jesús había puesto en cuestión la novedad retadora del Reino de Dios que comenzó con su actuación. Si Jesús en la Pascua retornase sólo a la vida terrena, este acontecimiento no sólo no hubiera sido capaz de confirmar su misión, sino que hubiera quedado como un acontecimiento aislado e incomprensible. Tampoco un paso silencioso de Jesús desde el reino de la muerte a una vida del más allá no hubiera correspondido a su predicación. Ésta sólo pudo ser confirmada mediante una *fundamental superación del poder de la muerte*. Precisamente esto fue lo que sus discípulos predicaron a raíz de su vivencia pascual. Sólo las anotaciones que se encuentran diseminadas en todos los evangelios describen lo que allí aconteció. En sus cartas Pablo reflexiona retrospectivamente sobre el significado del destino de Jesús y muestra cómo por su muerte y resurrección fue destruido el poder de la muerte (Rom 5,12-21), prorrumpiendo en un grito de alegría: “La muerte ha sido vencida. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y el pecado ha desplegado su fuerza con ocasión de la ley. Pero nosotros hemos de dar gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1Cor 15,54-57).

43. La fe como inclusión real en la resurrección

Esta superación de la muerte no es para Pablo un acontecimiento que nos aguarda al final de los tiempos. Aquel Espíritu de Dios lleno de poder, que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita ya ahora en los corazones de los creyentes (Rom 8,15; Gal 4,6). Jesús había expresado su relación singular con Dios a través de la expresión personal de “Abba, Padre”. El Espíritu lleva a los creyentes a vivir esa relación filial con Dios, viéndose a si mismos y al mundo desde la nueva perspectiva que ofrece Cristo Resucitado, ya anunciada en la predicación prepascual.

La carta a los Colosenses presenta la superación de la muerte extendiendo el acontecimiento de la resurrección a todos los discípulos: “Habéis sido bautizados con Cristo en el bautismo, y con él habéis sido resucitados también, pues habéis creído en el poder de Dios, que lo ha

resucitado de entre los muertos “(Col 2,12). Los creyentes saben que la fe en el poder del Dios que resucita, no contiene sólo la afirmación intencional de un hecho ya acaecido, sino que son ya ahora resucitados con Cristo. Es decir, la fe no es sólo un acto intelectual, sino que por la fe los discípulos son *incluidos* de una forma real en aquel acontecimiento que se describe con la palabra resurrección. Signo y prueba de ello es el Bautismo, como nuevo nacimiento y camino para el encuentro con la vida definitiva.

44. El “ya” de la resurrección

La dimensión fundamental de la resurrección de Jesús aparece aún más explicitada en los escritos joánicos. Son los que más claramente hablan de la ya acaecida superación de la muerte por la fe. El mismo Jesús nos manifiesta: “En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado porque pasó de la muerte a la vida” (Jn 5,24), y también: “en verdad, en verdad os digo: Si alguno guardare mi palabra, jamás verá la muerte” (Jn 8,51). El evangelista Juan escribe: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos” (1Jn 3,14). Estas explícitas manifestaciones corresponden al mensaje de Jesús cuando anuncia que en su actuar ha comenzado ya el reino de Dios. El Evangelio según san Juan nos lleva a comprender la fe expresamente como fe en Jesús y no como una actitud difusa de confianza. En el diálogo con Jesús dice Marta, la hermana de Lázaro: “Ya sé que resucitará cuando tenga lugar la resurrección de los muertos, al fin de los tiempos”. Jesús precisa ese convencimiento en un nuevo horizonte diciéndole: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y todo el que esté vivo y crea en mí, no morirá para siempre” (Jn 11,24-26). Se identifica la resurrección completamente con la persona de Jesús y su destino, e se incluye ya ahora a todos los creyentes en él. “La palabra de la resurrección no sólo reconstruye un pasado negativo (la cruz) y completa un pasado positivo incipiente (el mensaje del Reino), sino que sobre todo abre un futuro innovador, divinamente previsto por Dios y realizado ahora por la acción de su Santo Espíritu: la novedad de la existencia cristiana, la Iglesia, la misión a todos los pueblos, la promesa del perdón, la transfiguración de la vida por el Bautismo, la comunión de los hermanos. La resurrección es

un poder, que afectó a Jesús y afecta a quienes se abren a él. Fue una innovación de la realidad”⁴⁹.

45. “Todo es posible para el que cree”

La realidad pascual se puede describir todavía de forma más precisa. Jesús vivió totalmente en referencia al Padre y el Padre obró en él, entregándosele totalmente. A través de la resurrección del Crucificado se manifestó como “el que da la vida a los muertos y llama a las cosas no existentes como si existieran” (Rom 4,17), revelando con ello su omnipotencia e indicando que a la fe del hombre pertenece no esperar nada de sí sino contarse entre aquellos muertos, que Dios llama a la vida en virtud de su poder. Al experimentar el hombre que por el encuentro con el Resucitado es superada su condición de mortal conoce de hecho en sí mismo la omnipotencia de Dios, es decir, “la fe es la participación en la omnipotencia de Dios”⁵⁰. En este sentido intuimos el alcance de las palabras de Jesús sobre la fe que mueve montañas (Mt 17,20) o de su sentencia que asegura que “todo es posible para el que cree” (Mc 9,23).

Para la sensibilidad actual cotidiana como también para la conciencia cristiana, la expresión de que la fe participa de la omnipotencia de Dios se considera un tanto confusa y sorprendente. Sin embargo, no se le presta a la concepción genuina de la fe ningún servicio si se pretende debilitarla por uno o por otro lado. Precisamente mediante lo peculiar y paradójico de ella se percibe la repercusión que tiene en la autoexperiencia y en la experiencia del mundo.

46. La fe, confianza en la voluntad de Dios

Tal experiencia sólo es posible en el contexto del mensaje de la cruz, que muestra que el poder de Dios actúa precisamente en la incapacidad humana (1Cor 1,18-24) y que su fuerza se consume en la debilidad (2Cor 12,9). Tales afirmaciones no son formulaciones arbitrarias ni paradójicas, susceptibles de ser orientadas en todas las direcciones, sino que indican que la persona humana puede experimentar en el sentido pleno cómo está inmersa en un acontecimiento amplio, en el que descubre sus propias limitaciones ante determinadas realidades. Por tanto, la fe no se

⁴⁹ O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *Ob. cit.*, 371.

⁵⁰ G. EBELING, *Wort und Glaube*, Tübingen ³1967, 249.

muestra en acontecimientos espectaculares y extraordinarios como participación de la omnipotencia de Dios como se deduce de las tentaciones a las que el tentador somete a Jesús en el desierto (cf. Mt 4,1-11), sino que preserva al hombre de la resignación allí donde éste se encuentra con una realidad humanamente imposible. No pertenece a la fe hacer posible lo imposible como por arte de magia conforme a los planes humanos propios, sino afrontar lo imposible, sabiendo que para Dios todo es posible (cf. Mt 19,26), y precisamente por ello se efectúa el cambio. La fe como participación del poder de Dios no significa que se pueda disponer mágicamente de los acontecimientos, sino que todos ellos son dirigidos por aquella *voluntad de Dios*, que se *comunica* como Espíritu dador de vida.

47. El poder de Dios sobre la muerte

La Sagrada Escritura contempla al hombre como un ser peregrinante, que en ocasiones se aleja de Dios, pero que es alcanzado por el juicio y por la misericordia divinos. El hombre halla su propia unidad en cuanto vive y camina delante de Dios, configurándose de esta forma como un ser viviente. En la muerte acaba la vida histórica de hombre, aquella vida caracterizada por el caminar en el pecado, en la conversión y en la misericordia. “La muerte pone fin a la vida del hombre como tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia divina manifestada en Cristo”⁵¹ y lo lleva ante Dios ante quien se encuentra con la realidad de su existencia “para recibir en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que refiere su vida a Cristo, bien a través de la purificación, bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del cielo bien para condenarse inmediatamente para siempre”⁵². El movimiento del “retorno a Dios de las criaturas” no tendrá un desenlace indiscriminado y automático. Habrá un juicio, un discernimiento. El amor con que Dios apacienta a su rebaño, no puede ser ajeno a la justicia aunque ésta sea ejercida por él con amor y misericordia. Mientras que la persona humana se encuentra en “el día de salvación” (2Cor 6,2) y la decisión está en su mano, no debe olvidar que el querer de Dios es que se salve y llegue al conocimiento de su verdad, llamándola a la comunión con él que mira su vida y la acoge en su libertad histórica, en referencia a todo lo conocido y

⁵¹ CIgC, n° 1021.

⁵² CIgC, n° 1022.

amado, y según las relaciones fraternas de amor con los más necesitados, los pobres, los sencillos (Mt 25,31-46). En esta peregrinación alienta su esperanza el saber que el poder de Dios, más fuerte que la muerte, va más allá de su tumba, que será resucitada de entre los muertos y que entrará en un nuevo estado de existencia ante él. “Creer en la resurrección de los muertos ha sido desde los comienzos un elemento esencial de la fe cristiana”⁵³.

48. La plenitud en la vida eterna

En consecuencia, la vida eterna es estar junto a Dios, es gozar de aquella comunión que él concede. El camino y el peregrinar de la persona humana, durante el cual el alejarse de Dios y el pecado son siempre una posibilidad, y a veces también una realidad, llegan a su fin. En la vida eterna el hombre permanece junto a Dios, y la libertad de quien ha entrado en ella, es tal en adelante, que ya nada le separará de la comunión definitiva con él porque su voluntad ha conseguido lo que tan anhelantemente había buscado. Participar en la vida eterna no es desaparecer en una masa anónima, ni quedar sustraído a la mirada de Dios pues es el bienaventurado concreto el que es llamado y entra en la comunión de los elegidos con Dios, una comunión que es plenitud de vida en la que participa de manera diversa. Con la vida eterna que ha sido su esperanza durante su existencia terrena, Dios corona el don de la salvación en él.

V, EL TESTIMONIO Y LA EXPERIENCIA COMUNITARIA DE LA FE

49. Vida de fe, unidad y amor, signo de la Iglesia

Alcanzada la meta de su peregrinación a la Tumba del Apóstol Santiago como encuentro con la Tradición Apostólica y como renovación de vida, los peregrinos jacobeos, como los peregrinos de Emaús, han de volver a la comunidad familiar, al lugar de trabajo y a la parroquia, siendo testigos de lo que han visto, oído y vivido con el convencimiento de que la historia definitiva de la persona humana no se agota en la finitud. “Ellos contaron lo que les había sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan” (Lc 24,35). En la actualidad, el testimonio

⁵³ CIgC, n° 991. Tertuliano escribía: “la resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella” *De resurrectione carnis*, 1,1.

cristiano de una vida de fe, unidad y amor se percibe como signo eclesial de credibilidad. Los términos “testimonio”, “atestiguar” y “testigo” aparecen numerosas veces en los documentos del Concilio Vaticano II⁵⁴, y a partir de él en otros documentos magisteriales⁵⁵. Son los propios cristianos por su vida santa, y las comunidades cristianas con una vida de fe, de caridad y unidad, los que ofrecen el signo de la Iglesia, al que hacía referencia el Concilio Vaticano I y que encuentra explicitación en la doctrina conciliar del Vaticano II.

50. Impronta de la fe en el discípulo de Cristo

La presentación de la fe como incorporación a la autoconciencia de Jesús, como victoria sobre la violencia y como participación del poder de Dios puede sugerir la idea de que aquí se aboga por una concepción triunfalista del cristianismo. Nada más lejos. Formamos la Iglesia peregrinante en espera confiada de pertenecer a la triunfante. En este sentido hemos de referirnos a algunos textos del Evangelio que nos ayudarán a comprender las exigencias del seguimiento de Jesús que conlleva el romper con determinados lazos humanos y no buscar la propia gloria. Así Jesús nos dice: “No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa” (Mt 10,34-36). También denuncia el comportamiento religioso de los que oran en las esquinas de las plazas “para dejarse ver por la gente” (Mt 6,5), y de los que dan limosna “en las calles, para que los alaben los hombres” (Mt 6,2). El evangelio según san Juan muestra la razón última de la increencia mediante una pregunta que Jesús hace a los judíos: “¿Cómo vais a creer vosotros, que recibís la gloria unos de otros y no buscáis la gloria que procede del único?” (Jn 5,44). Por el contrario todos los que buscan el honor de Dios

⁵⁴ Concilio Vaticano II, *Decreto “Ad Gentes”*, nº 11: “Todos los cristianos, donde quiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra el hombre nuevo de que se revistieron por el bautismo, y la virtud del Espíritu Santo, por quien han sido fortalecidos en la confirmación, de tal forma que todos los demás, al contemplar sus buenas obras, glorifiquen al Padre y perciban con mayor plenitud el sentido genuino de la vida humana y el vínculo universal de la unión de los hombres...”

⁵⁵ Es preciso referirnos a las Exhortaciones apostólicas *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI y *Christifideles laici* de Juan Pablo II y más recientemente a la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* también de Juan Pablo II.

tienen que contar con ser odiados y perseguidos: “Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mi antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo pero, como no sois del mundo, porque yo al elegiros, os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo” (Jn 15,18-19). De forma semejante Pablo enseña a sus comunidades que los creyentes auténticos tendrían que aparecer como necios a los ojos del mundo (1Cor 1,10 ss.; 3,18 ss.). Según él, “a los apóstoles Dios nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte, puestos a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Nosotros necios por seguir a Cristo; vosotros sabios en Cristo. Débiles nosotros; mas vosotros, fuertes. Vosotros llenos de gloria; mas nosotros, despreciados. Hasta el presente, pasamos hambre, sed, desnudez. Somos bofeteados y andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, lo soportamos. Si nos difaman, respondemos con bondad. Hemos venido a ser, hasta ahora, como la basura del mundo y el desecho de todos” (1Cor 4,9-13). Por lo contrario, al discípulo falso se le reconoce por su “envalentonamiento” (1Cor 4,18).

51. Vocación solidaria del cristiano ante el sectarismo

Todas estas exhortaciones indican que el creyente debe fundamentarse sólo sobre Dios. Pero al mismo tiempo, no hay que olvidar que el día de Pentecostés, el Espíritu Santo, fuerza de Dios para el testimonio y la misión de salvación, viene no sobre unos individuos aislados y dispersos, sino sobre el grupo de los apóstoles, la primera comunidad cristiana, construida y luego reconstruida por el mismo Jesús: “Llegado el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar” (Hech 2,1). La determinación individual y el destino social, político o religioso del hombre van unidos. La fe por su esencia está referida a la comunidad en la que se desarrolla toda su riqueza. El individuo no puede alcanzar su destino, como hombre, en solitario, por sí solo nada más tiene sus sueños, imaginaciones y opiniones, que no perduran y no salvan. Para asumir el compromiso cristiano “hay que ser libremente cristianos, pero no se puede ser cristiano por libre ni por separado, ya que entonces se desembocaría en la *secta*, y nada más contrario a la vocación solidaria del cristiano que el sectarismo. El intento de existir por separado, en distancia o ruptura con la Iglesia, ha terminado casi siempre en la *herejía*. Ésta tiene lugar cuando alguien niega una verdad esencial a la fe o la desgaja de su

inmembración en el tronco vertebrador que forma el Credo [...] Sólo se perdura como rama viva con capacidad de florecer y dar fruto cuando se está unido al tronco y desde él recibimos la fuerza nutricia que llega de la raíz. Los desarraigados se secan y los desmembrados se desangran”⁵⁶.

52. “Sí” a Dios y “sí” a la Iglesia

Dios comienza por crear el cuerpo eclesial de Cristo para que desde él la vida se propague y alcance a todos los hombres. No empieza salvando a unos individuos y agrupándolos a continuación en una “sociedad de salvados”, sino que desde el primer momento los convoca a formar parte de la Iglesia, que tiene “en Jesús su Cabeza, valor de principio”. En adelante, los hombres encontrarán la salvación formando parte de la comunidad eclesial de una manera vital por medio de la fe y los sacramentos. El sí que el hombre le dará a Dios y que inaugurará su vida de alianza será un sí dicho igualmente a la Iglesia. Si Dios no les habla a los hombres más que en Jesús, éste no se expresa independientemente de su cuerpo eclesial, y su evangelio no alcanza plenamente a los hombres más que por medio del testimonio de los creyentes, del magisterio eclesial y de los libros sagrados. El bautismo, sello de la fe, no vinculará al fiel con Cristo y por éste con el Padre, más que incorporándolo a todo el cuerpo eclesial. “Vuestro bautismo, -escribía san Ignacio de Antioquia-, ha de ser para vosotros como vuestra armadura, la fe como un yelmo, la caridad como una lanza, la paciencia como un arsenal de todas las armas; vuestras cajas de fondos han de ser vuestras buenas obras, de las que recibiréis luego magníficos ahorros. Así pues, tened unos para con otros un corazón grande, con mansedumbre como la tiene Dios para con vosotros... El cristiano no tiene poder sobre si mismo, sino que está dedicado a Dios”⁵⁷.

53. El testimonio de la Iglesia como hogar de amor fraterno

De esta forma, a partir del Bautismo la vida cristiana se desarrolla inseparablemente en esa misteriosa identidad entre Cristo y la Iglesia, idea bellamente expresada y desarrollada por san Pablo que nos recuerda: “Todos nosotros hemos sido bautizados en un solo espíritu para constituir un solo cuerpo” (1Cor 12,13). “Los bautizados que constituyen la

⁵⁶ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Confirmarse. Para llegar a ser cristiano*, Madrid 2008, 67.

⁵⁷ SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Carta a San Policarpo de Esmirna*, captos. 5,1-8, 1-3.

Iglesia son, por tanto, miembros de este único cuerpo de Cristo, cuya viva cohesión es mantenida por el pan eucarístico (1Cor 10,17). Esta unidad que es de la fe y del bautismo, prohíbe que los cristianos se digan adeptos de Cefas, de Apolo o de Pablo, como si Cristo pudiera estar dividido (1Cor 1,12; 3,4)”⁵⁸. Cada uno es miembro a la vez al servicio de los demás y servido por los demás, con vistas al bien común de toda la Iglesia, y por tanto de la realización de los designios del Padre. El cristiano no puede menos de amar a su hermano, si pretende amar a Cristo, y la Iglesia tiene que presentarse al mundo como un hogar de amor fraterno: éste es su mayor testimonio y más significativo que los más desconcertantes milagros en el cuerpo físico. La comunión fraterna mantiene a la Iglesia en situación constante de milagro espiritual y hace de ella el signo permanente del Evangelio.

54. Anunciar el Evangelio, misión de la Iglesia

“La vocación cristiana por su misma naturaleza es también vocación al apostolado” que “la Iglesia ejerce a través de todos sus miembros de diversas maneras” “con la finalidad de propagar el Reino de Cristo para gloria de Dios Padre por toda la tierra y, de esta forma, hacer partícipes a todos los hombres de la redención salvadora”⁵⁹. El peregrino jacobeo, al comprometerse en la acción apostólica en su comunidad de fe, ha de tener conciencia de que en él se encuentra presente y operante toda la comunidad eclesial, porque nunca testimonia en su propio nombre, sino en nombre de la Iglesia, aun cuando no haya recibido el mandato oficial que lo asocie a la acción apostólica de una manera más directa. La misión de anunciar el Evangelio y dar testimonio no ha sido confiada a tal o cual individuo. Cristo ha encargado de ella a la Iglesia como tal. Pero lo mismo que en el organismo humano las funciones de la vida se reparten entre los diversos órganos y cada uno de éstos tiene una función propia, pero radicalmente inseparable de la del todo, sin el cual no podría existir, de la misma forma en el cuerpo eclesial esta función vital de la misión apostólica y del testimonio se particulariza según las funciones propias de cada bautizado.

⁵⁸ X. LÉON- DUFOUR, *Vocabulario de Teología bíblica*, Barcelona 1975, 410-411.

⁵⁹ *Apostolicam actuositatem*, n° 2.

Lo mismo que por el ojo ve todo el cuerpo y por el oído escucha todo el cuerpo, también el peregrino que ha llegado a la Tumba del Apóstol Santiago, en su peregrinación *de vuelta* ha de ser consciente de que por medio de él la Iglesia entera, “como sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”⁶⁰, anuncia el mensaje cristiano en su comunidad y en las diferentes circunstancias de su existencia. La nueva vida, ofrecida por Cristo por la conformación en el Bautismo, por el envío del Espíritu Santo en la Confirmación y por la participación en los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía durante las largas jornadas de la peregrinación, necesita seguir siendo cultivada al regresar a su entorno y a sus ocupaciones ordinarias.

55. Realización de la propia vocación

Cultivar esta nueva vida y, al mismo tiempo, dar testimonio de ella en verdad y con obras conlleva seguir participando en los sacramentos, signos visibles y eficaces, públicos y permanentes de la gracia de Dios para toda la historia humana que “dan nacimiento y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos”⁶¹; apreciar el valor irrenunciable del domingo en la vida cristiana cuando “los fieles deben reunirse en asamblea a fin de que, escuchando la Palabra de Dios y participando en la Eucaristía, hagan memoria de la pasión, resurrección y gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios que los ha regenerado para una esperanza viva por medio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos”⁶²; ejercitarse constantemente en la oración de diferentes formas, sabiendo que orar es siempre posible, que es una necesidad vital y que oración y vida cristiana son inseparables “porque se trata del mismo amor y de la misma renuncia que procede del amor”⁶³; y testimoniar el estilo del amor de Dios como nos dice el siervo de Dios Juan Pablo II, *proyectándose hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano en el amor y servicio al prójimo*, en medio de las antiguas y nuevas pobreza, no olvidando que nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento en que “con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre” y recordando que “la caridad de las obras corrobora la

⁶⁰ “*Lumen Gentium*”, n° 1.

⁶¹ CIgC n° 1210.

⁶² JUAN PABLO II, *Carta apostólica “Dies Domini”*, n° 6.

⁶³ CIgC n° 2745.

caridad de las palabras”⁶⁴. Estos son entre otros los referentes a tener en cuenta a la hora de ir realizando la propia vocación como respuesta a la llamada de Dios para colaborar en la obra redentora, construyendo ya la ciudad de Dios en medio de la ciudad terrena.

VI. PEREGRINACIÓN Y MISION DEL CRISTIANO

56. Hombres nuevos

En el tercer milenio del cristianismo, para estos nuevos tiempos de gracia, no exentos de dificultades, son también necesarios hombres con la conciencia de ser llamados a transformar la sociedad con sus actitudes cristianas y su visión católica. El peregrino, transformado en hombre nuevo, ha de sentir esta urgencia. No hay excusas, a pesar de las circunstancias de su vida y de la situación cultural, social o religiosa en que se encuentre.

La misión universal confiada a los discípulos por parte del Resucitado es la mediación de la salvación donada en Cristo y que se ha de llevar a cumplimiento por él, con él y en él. Dar testimonio es, por tanto, bastante más que un mero instruir, y conlleva que la persona viva en espíritu de conversión constante para asumir el compromiso cristiano en su existencia, respondiendo al mandato del Señor expresado en estas palabras: “Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19). Jesús contempló a los doce como sus apóstoles, pero también como sus discípulos ejemplares que se van ejercitando en la voluntad de Dios dada a conocer, explicada y proclamada por él, y que van asumiendo su seguimiento. Son los alumnos de un Maestro que, hablando con autoridad como nadie lo había hecho, vino para “dar cumplimiento” a la ley y a los profetas (Mt 5,17).

57. El cristiano y el seguimiento de Cristo

En el mundo escolar de los maestros judíos y en el de los filósofos griegos llegaba un momento en que el alumno lo había aprendido todo y su ideal era independizarse. A diferencia de cualquier género de alumnado, los discípulos de Jesús nunca dejan de serlo y el aprendizaje es permanente desde el Bautismo a la eternidad. Ser discípulo equivale a ser cristiano, y esto significa no haber acabado nunca, tener que vivir

⁶⁴ JUAN PABLO II, *Carta apostólica “Novo millennio ineunte”*, nº 49-50.

constantemente el seguimiento de Jesús. “Haced discípulos” abarca la totalidad: el hacerse cristianos y el mantenerse cristianos. Pero, ¿de qué forma se convierten en cristianos los seres humanos procedentes de “todos los pueblos”? No se unen a los que confiesan a Cristo y dan testimonio de él sólo por un acto de propia decisión, por su mismo origen y naturaleza. La Iglesia no es ni un sistema ético ni una mera institución social, histórica o religiosa a la que se puede pertenecer o dejar de pertenecer de forma caprichosa; “es una prolongación continuada de la presencia pascual del Hijo de Dios, hecho hombre mediador para poner a los hombres a la altura fecunda del Amor salvífico de Dios”. La incorporación a la Iglesia se produce, desde siempre, mediante un misterioso acontecimiento por el que el individuo es atraído, por pura gracia, al ámbito de actuación del único Salvador, Jesucristo, religándose a él. El cristiano ha de tener siempre en cuenta que el ser humano sólo puede devenir o mantenerse cristiano gracias a la actuación salvadora de Dios en Jesucristo. Ser cristiano quiere decir vivir realmente la vida nueva recibida como don en el Bautismo con una fe viva que se hace eficaz por medio del amor: “Porque en cuanto seguidores de Cristo, lo mismo da estar circuncidados que no estarlo; lo que vale es la fe que actúa por medio del amor” (Gal 5,6). Esa fe debe poner por obra “todo” lo que Jesús mandó. Parte inalienable de la inserción graciosa en el acontecer salvífico la constituye la puesta en práctica de la voluntad de Dios, que plantea exigencias y configura a la persona humana.

58. Responsabilidad del seguidor de Cristo

No ignoramos que Cristo es el maestro por excelencia: “Pues uno solo es vuestro maestro, Cristo” (Mt 23,10). Al igual que en la época inmediata a la resurrección del Señor, la enseñanza de sus discípulos no puede hacerse más que por su encargo y de ahí deriva la responsabilidad de enseñar lo que El enseñó sin reduccionismos y sin sustraer nada de lo enseñado por él: “No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento. Si, os lo aseguro: el cielo y tierra pasarán antes que pase una i o una tilde de la Ley sin que esto suceda. Por tanto el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos” (Mt 5, 17-19). Esta enseñanza va más allá de la mera transmisión de los contenidos doctrinales y de la información sobre los mismos. La

palabra de la transmisión doctrinal ha de ir sostenida y acompañada por el testimonio de fe y de obediencia, de renuncia y de disponibilidad. La confesión puramente verbal de Jesús como Señor celestial no es suficiente para el que anuncia ni para el que oye pues “no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt 7,21).

59. Conscientes siempre de nuestras limitaciones

Posiblemente influenciados por las corrientes pragmáticas y racionalistas de nuestro tiempo pretendamos analizar todo con nuestra razón, planificarlo todo por nuestra cuenta y realizarlo con nuestra propia capacidad. Indudablemente es necesario aplicar nuestra razón y nuestras fuerzas a fin de conseguir que nuestro mundo sea más habitable, nuestra sociedad sea más humana, y nuestro trabajo incansable contribuya a eliminar la enfermedad, el hambre, la injusticia, los accidentes, la contaminación del medio ambiente, las carencias y miserias que afectan a la condición de la persona humana. Pero no debemos ignorar nuestras limitaciones que, en última instancia, residen dentro de nosotros mismos. El individuo se ve confrontado con la muerte como frontera absoluta; en el terreno de la sociedad humana existen la incontabilidad de la maldad, del poder, de las energías destructoras de las que nunca podemos adueñarnos. Sólo cuando tengamos esto en cuenta habremos madurado para escuchar el mensaje pascual y dar testimonio de él: Dios ha resucitado a Jesús muerto en la cruz. En este mensaje se anuncia que alguien que quiso lo mejor para los seres humanos fue eliminado por la maldad humana y, sin embargo, no fue aniquilado. No está muerto, sino que vive y llena de su energía vital a todos los que se unen a él. Dentro del mismo fracaso y de la desaparición del hombre está presente todavía una esperanza que tiene su apoyo en Dios, “pues en él vivimos, nos movemos y existimos” (Hech 17,28), siendo la meta de una vida humana que nunca llega a la plenitud total sobre la tierra.

60. La debilidad exterior y la fuerza interna

La fragilidad con que no pocos cristianos viven hoy su fe, sólo puede superarse desde la certeza de que Jesús, el Crucificado, vive. Es una certeza a la que llegamos no a través de una reflexión crítica sino mediante la apertura del corazón. Quien asuma en su vida el mensaje pascual,

experimentará, a pesar de todas las miserias y aparente ausencia de soluciones, que de su misma debilidad exterior crece una fuerza interna y, pese a todas las angosturas, se le abren nuevos horizontes. El cristiano experimenta esto como una participación en la cruz, muerte y resurrección de Cristo. Para él el saludo pascual no es únicamente una referencia al pasado, sino una evocación que parte del centro de su misma vida: Cristo ha resucitado para que no vivan para sí lo que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos (2Cor 5,15).

61. Para sí y para nosotros

Jesucristo es a partir de la resurrección una realidad permanente y verificable gracias al Espíritu, al Espíritu de la vida y del amor, de la libertad y de la nueva creación que surge con este acontecimiento. No sólo ha sido resucitado por Dios para que quedase demostrado que era inocente y justo sino, sobre todo, por nosotros, para conducirnos a la vida resucitada. El “primogénito de entre los muertos” (Col 1,18) “es el principio de nuestra resurrección, ya desde ahora por la justificación de nuestra alma (cf. Rom 6,4), más tarde por la vivificación de nuestro cuerpo (cf. Rom 8,11)”⁶⁵. No se trata únicamente de una lejana esperanza de futuro para todos los que participan de la fe en Cristo, sino ya desde ahora de una realidad incipiente, puesto que a partir de su resurrección Cristo se ha convertido en “Espíritu vivificador” (1Cor 15,45) y ese Espíritu, el Espíritu de Cristo y de Dios, habita ya ahora en nosotros.

62. La vida del Espíritu

La vida del Espíritu nos une en un encuentro peculiar con Cristo resucitado que mantiene su propia personalidad, sigue siendo el que actuó sobre la tierra y ahora permanece junto al Padre, aproximándonos y atrayéndonos hacia la comunión con él por medio del Espíritu. Pero nosotros seguimos siendo también esos seres con existencia histórica que somos y no perdemos nuestra individualidad; con todo, por medio de Cristo y gracias a su Espíritu, alcanzamos una nueva vida y una nueva profundidad en nuestra dimensión terrena, que nos hacen semejantes al Resucitado. Es un proceso interno que, si bien no nos aparta de la realidad terrena (cf. 2Cor 5,7), nos hace hombres nuevos y nos capacita para una

⁶⁵ Cf. CIgC n° 658.

nueva forma de actuar: “Aunque somos hombres, nuestra lucha no está dictada por criterios humanos. Las armas con que luchamos no son humanas, sino divinas y tienen poder para destruir fortalezas. Deshacemos sofismas y cualquier clase de altanería que se levante contra el conocimiento de Dios” (2 Cor 10,3-5).

63. Jesús en nuestro peregrinar

La peregrinación y el camino a la Tumba del Apóstol no son simplemente un traslado de un lugar a otro. Se trata más bien de pasar de una visión a otra de la vida. Todo ello es posible por la presencia misteriosa de Jesús que, al igual que a los peregrinos de Emaús, también nos va acompañando por el camino de la existencia y nos ayuda en el tránsito del hombre viejo al hombre nuevo, aunque haya que pasar por el sufrimiento y la entrega en la cruz de cada día. “El camino entendido como traslado de un lugar a otro o como paso de una situación a otra, está inscrito en el código genético de todo hombre. El camino se revela como una necesidad de la vida. También el mundo religioso moral conoce y usa frecuentemente la categoría del camino, de forma que nuestra vida se hace peregrinación. Es un lenguaje metafórico vinculado al depósito de la fenomenología y de la experiencia de cada hombre”.

La influencia que Jesús ejerció en esos peregrinos fue a la vez afectiva e intelectual: afectiva, en el sentido de que hizo arder sus corazones con las llamas del amor, e intelectual, en cuanto les hizo comprender de manera sencilla los centenares de pasajes bíblicos en que se referían a él. El Maestro resucitado liberó su memoria que es la raíz de la esperanza recordándoles la tradición de las Escrituras; liberó su entendimiento para que pudieran entenderlas; y liberó su voluntad para que manifestaran su amor incondicionado al Resucitado. En general, se tiende a creer que todo lo religioso ha de ser algo lo suficientemente sorprendente y poderoso para desbordar la más viva fantasía. Sin embargo, este relato nos revela que las verdades más fundantes del mundo aparecen en incidentes comunes y ordinarios de la vida, tales como el de encontrar a un compañero por el camino. Cristo veló su presencia en el camino más corriente de la vida. Los peregrinos de Emaús tuvieron conocimiento de él a medida que caminaban a su lado; y su conocimiento fue el de la gloria que se alcanza por el aparente fracaso de la cruz. En la vida glorificada de Jesús, lo mismo que en su vida pública, la cruz y la gloria van siempre

juntas. Lo que en la conversación con los discípulos se hizo resaltar no fueron las enseñanzas dadas por Jesús, sino que se insistió en sus sufrimientos y en el modo como éstos eran convenientes para su glorificación: “¡Qué torpes sois para comprender, y qué cerrados estáis para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria?” (Lc 24,25-26).

64. Comunicación de la experiencia pascual

Los dos peregrinos de Emaús, transformados por la visión del Resucitado, salieron inmediatamente de su casa y regresaron a Jerusalén, la Ciudad Santa, símbolo de la continuidad entre el tiempo del Jesús histórico y el tiempo de la Iglesia naciente, lugar de la muerte y resurrección del Señor. De la misma manera que la mujer samaritana abandonó junto al pozo su cántaro y corrió, presa de emoción, a decir a la gente: “Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?” (Jn 4,29), así también los dos peregrinos se olvidaron de la intención con que habían regresado a Emaús y retornaron con el deseo de comunicar su experiencia pascual. Allí encontraron reunidos a los once apóstoles y, con ellos, a otros discípulos y seguidores de Jesús. Aunque volvieron en medio de la noche, iluminaba su camino la luz del Resucitado para contar lo que les había pasado en el camino y de esa manera estar en comunión con los que habían quedado en Jerusalén, a fin de que su gozo fuera completo (cf 1Jn , 2-4).

65. “Era verdad: ¡Ha resucitado el Señor!”

Curiosamente no son los dos caminantes los que toman la palabra inmediatamente; son más bien los que han permanecido en Jerusalén los que les anuncian: “Era verdad: ¡ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Pedro!” (Lc 24,34). Sólo después, ellos pueden contar su experiencia. El alegre grito pascual pertenece a una de las fórmulas más antiguas de profesión de fe y es una de las más asequibles sobre la resurrección. Tal profesión de fe no está indiferentemente yuxtapuesta a la experiencia pascual de los peregrinos de Emaús, como tampoco el acontecimiento pascual que en ellos se ha manifestado queda desvirtuado por la profesión de fe de los otros. Más bien la verdad de la experiencia de estos dos discípulos queda subrayada y cobra certeza por la exclamación y por el grito pascual que escuchan. Lo que significa que la fe de estos

peregrinos no es una vivencia “privada”, sino que se identifica con la profesión de fe *de la Iglesia*. De esta forma, esta historia se convierte en parte constitutiva de la experiencia pascual de la Iglesia apostólica. La Iglesia postapostólica puede, pues, referirse también a este testimonio pascual.

66. Los peregrinos de Emaús y el misterio pascual

La fe pascual de los peregrinos de Emaús, como acabamos de indicar, queda confirmada por la profesión de fe apostólica y recogida por ella, de forma que se convierte en auténtica para las generaciones posteriores. Simultáneamente, el testimonio apostólico experimenta un enriquecimiento básico, pues este relato proporciona el modo cómo los discípulos que no pertenecen al círculo de los testigos pascales oficiales pueden llegar a la fe postpascual de Jesucristo resucitado.

Este pasaje contiene un mensaje de incalculable valor para dar respuesta a las dudas y a la problemática moderna frente al misterio pascual y nos ayuda a clarificar los objetivos de la peregrinación jacobea. Muestra por qué y cómo puede creerse también hoy en el Resucitado. La Iglesia ha de alimentar y crear un ambiente apropiado para que esta fe pueda desarrollarse a través de la evangelización, la conversión y la celebración eucarística, memorial de Jesucristo. Todos estos elementos forman parte integrante de la peregrinación jacobea.

67. Presencia del Resucitado en la Eucaristía

Más allá de problemáticas psicopatológicas, a las que a veces quiere reducirse el proceso de conversión o la realización del Camino de Santiago, los peregrinos jacobeos, al igual que los de Emaús, vuelven a encontrarse con sus conocidos para reemprender las tareas ordinarias de su vida donde han de ser testigos.

El relato de Emaús ilumina de modo ejemplar la historia de la Iglesia y la de los cristianos de todos los tiempos. También esos, en su situación bien distinta a la de Cleofás y de su compañero, cuentan con la posibilidad de un acceso seguro al acontecimiento pascual. El encuentro personal con el Señor resucitado tiene lugar sobre todo en la celebración “del memorial de la Pascua de Cristo, es decir, de la obra de la salvación realizada por la vida, muerte y la resurrección de Cristo, obra que se hace

presente por la acción litúrgica”⁶⁶. En la comunidad reunida para celebrar la Eucaristía aparece de manera especial la luz pascual. Así lo proclamamos cuando después de la consagración de las especies eucarísticas, ante la proclamación de que “éste es el Misterio de nuestra fe”, respondemos: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección ¡ven Señor Jesús!”. La Iglesia nos enseña que el modo de la presencia de Cristo bajo las especies eucarísticas es singular. “Esta presencia se denomina *real*, no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen *reales*, sino por excelencia, porque es *substancial*, y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente”⁶⁷.

68. La peregrinación hacia la “ciudad de Dios”

El peregrino jacobeo que, buscando encontrarse con Dios, con los demás y consigo mismo a través de un proceso de conversión al Señor, se ha puesto en camino escuchando la Palabra de Dios, ha podido experimentar en la celebración eucarística el testimonio de la comunidad cristiana que se reúne en torno al altar del Señor que es fuente de gozo y de alegría, para celebrar su resurrección. Precisamente gracias a los peregrinos de Emaús, cuya experiencia pascual “privada” se confirmó con la profesión de fe de la Iglesia naciente, el peregrino jacobeo ha de volver con la conciencia de saber que su experiencia pascual también ha sido corroborada por el testimonio apostólico junto a la Tumba del Apóstol Santiago y ha de dar nombre al compañero de Cleofás, saliendo del anonimato y viviendo las consecuencias de su experiencia espiritual. Ser testigo hoy significa ante todo proponer nuestra fe en Cristo resucitado que fundamenta nuestra esperanza cristiana y que se refleja en el amor a Dios y al prójimo pues “Dios es amor, y quien permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él” (1Jn 4,16). Sólo Dios nos puede dar lo que nosotros por si solos no podemos alcanzar en el Emaus de nuestras aspiraciones, afanes, inquietudes y zozobras, reconociendo que la sociedad actual no es nuestro ideal y que pertenecemos a una *sociedad nueva, la ciudadanía de los santos*, hacia la cual estamos en camino y que es anticipada en nuestra peregrinación⁶⁸.

⁶⁶ CIgC n° 1409.

⁶⁷ CIgC n° 1374.

⁶⁸ Cf. BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica “Spe salvi”*, n° 31.

69. La Virgen peregrina de la fe, prototipo del peregrino

El prototipo del testigo lo hallamos en María, peregrina de la fe, figura escatológica (definitiva) de la Iglesia, presente en el cenáculo de Jerusalén, adonde acudieron los peregrinos de Emaús. María, como madre, revela un aspecto radical de la existencia, en un peregrinaje por el camino de crecimiento y maduración interna que se inicia con el nacimiento de su Hijo y que concluye con su gloriosa ascensión a los cielos.

En este sentido, María es “un miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia y como su prototipo y modelo destacadísimo en la fe y en el amor”⁶⁹. En María, plenamente glorificada, admira la Iglesia realizada la salvación de Cristo en la plenitud de su eficacia transformadora y es para ella *imagen y comienzo* de lo que un día será ella misma. El Pueblo de Dios, que mira continuamente a la Virgen como su modelo, descubre en ella su imagen acabada y perfecta, porque “en el misterio de la Iglesia [...] la Santísima Virgen fue por delante”⁷⁰. Por ello, quien fue *pre-destinada, pre-llamada y pre-justificada*, también ha sido *pre-glorificada*⁷¹.

La resurrección, considerada en su dimensión eclesiológica y fundada en la resurrección de Cristo como primicia de una comunidad de resucitados, no se puede concebir como la suma de muchas resurrecciones individuales. Al tratarse de un acontecimiento social y eclesiológico, la Ascensión de María se ha de considerar como el primer efecto eclesiológico de la resurrección de Cristo. María, asunta en cuerpo y alma a los cielos, es el mejor testimonio de la eficacia de la gloria del Cristo resucitado. La glorificación de María es, pues, un signo de esperanza para toda la Iglesia que peregrina hacia la casa del Padre en medio de dificultades y deserciones, luchando contra el pecado y la muerte. Ella brilla ante el pueblo de Dios en marcha como señal de esperanza cierta y consuelo, avivando en los fieles el deseo de los bienes del Reino, cuya posesión plena obtendrán por la resurrección, y siendo también punto de referencia para la realización de su propio destino histórico. La figura de la Virgen se convierte en la clave interpretativa de la dignidad actual y futura del hombre creado a imagen de Dios y redimido por su Hijo Jesucristo, y de la

⁶⁹ “*Lumen Pentium*”, 53.

⁷⁰ Concilio Vaticano II, *Constitución “Sacrosanctum concilium”*, 103

⁷¹ Cf. J. AUER, *Jesucristo, Salvador del mundo. María en el plan salvífico de Dios*, Barcelona 1988, 538 s.

gloria de Dios que no se asienta sobre la ruina de sus criaturas, sino que es glorificado en que el hombre adquiera la plenitud de la imagen⁷².

VII. LA PEREGRINACIÓN JACOBEOA, HOY

70. Las cifras de la estadística

Celebramos el Año Santo Jacobeo 2010, el segundo del tercer milenio y en los tiempos de la llamada transmodernidad. Es el Año Santo 119 en la historia de los Años Santos Compostelanos. En una época como la actual marcada por el desasosiego humano y la incertidumbre dramática que generan la insolidaridad, la violencia y el terrorismo, y también por el malestar de una cultura que trata de diluir la dimensión religiosa del hombre, proceso este que va acompañado por la realidad de la despersonalización⁷³ que estamos padeciendo, cabe preguntarse si todavía puede haber lugar para el contenido doctrinal y espiritual, permanente y genuino, de esta celebración, una de cuyas manifestaciones más cabales es la peregrinación. Si analizamos los datos estadísticos disponibles de la peregrinación jacobea, podemos constatar que en los últimos veinticinco años la evolución del número peregrinos ha ido siempre en aumento. Anticipándose proféticamente a lo que sucedería en la última década del siglo pasado, los Obispos del Camino de Santiago en su Carta Pastoral en 1988 se hacían eco de este florecimiento cuando escribían: “El Camino de Santiago que conduce a la Tumba del apóstol Santiago, en la ciudad que lleva su nombre, Santiago de Compostela, en el Finisterre galaico, desde los puntos más diversos de España y de Europa ha vuelto a cobrar inusitada actualidad en los últimos años. El número de peregrinos que lo recorren al tradicional estilo de la venerable peregrinación medieval, junto a aquellos que lo hacen valiéndose de los medios modernos de locomoción, crece constantemente”⁷⁴.

Teniendo en cuenta los fríos datos estadísticos, son justas las palabras del Rvdo. Michel de Roton, rector del santuario de Lourdes, publicadas el 12 de octubre de 1993 en el *New York Times*: “Alguien

⁷² “La gloria de Dios es el hombre viviente; la vida del hombre es la visión de Dios. Si la manifestación que hace de sí mismo creándolas confiere la vida a todas las criaturas que viven sobre la tierra, cuánta más vida da la manifestación del Padre por su Verbo a los que ven a Dios” SAN IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses*, 4, 20,7.

⁷³ Cf. JULIAN MARIAS, *La perspectiva cristiana*, Madrid 1999, 122-123.

⁷⁴ “El Camino de Santiago”. *Un Camino para la peregrinación cristiana. Carta Pastoral de los Obispos del Camino de Santiago en España*, 1988, 5.

pensará que en nuestros días está a punto de extinguirse la peregrinación. Lo cierto es, sin embargo, que las peregrinaciones están francamente en auge. Se diría que vienen a colmar una necesidad del alma... Quizá las personas encuentran demasiado monótona la vida religiosa y echan de menos algo más intenso, más festivo, más emocional. Quizá la forma que adopta nuestra religiosidad no responde a las necesidades de las personas”. Esto no es algo que ocurre únicamente en el mundo cristiano-católico, sino también en otras religiones.

71. La insatisfacción de un mundo postmoderno

En medio del creciente laicismo y relativismo, la tecnología y la electrónica, la movilidad y los viajes rápidos, la exploración del espacio y las superautopistas de la información, todo parece indicar que las personas buscan echar raíces en el suelo firme y estable de lo sagrado. Cuanto más rápidamente camina la humanidad, tanto mayor es la necesidad que siente de unos cimientos firmes. Parece que los lugares de peregrinación, y en especial el de Santiago de Compostela, responden a esta profunda necesidad antropológica. Por otra parte, cuantos mayores conocimientos científicos poseemos y cuanto más amplia es la información de que disponemos, mayor es el ansia de encontrar un sentido último; cuanto más nos sometemos al análisis y a la terapia psicológicos, mayor es la necesidad de penitencia y purificación; cuantos mayores son los avances de la medicina, más crece la necesidad de milagros.

Las personas emprenden la peregrinación jacobea porque buscan y porque esperan encontrar lo que su mundo moderno no ha sido capaz de ofrecerles. El rito y el misterio de la peregrinación jacobea aparecen constantes a lo largo de la historia, independientemente de los cambios y avances culturales que se producen.

72. La peregrinación, símbolo eclesial y antropológico

Compostela sigue atrayendo al turista y al peregrino, al joven y al anciano, al sano y al enfermo, a las familias y a los individuos, al devoto y al curioso... La naturaleza misma de la peregrinación da pie a que se desdibujen las barreras sociales ordinarias por el hecho de que una gran diversidad de peregrinos experimenta un vínculo común basado en la experiencia vivificante de la peregrinación. Ésta refleja no sólo la más fundamental realidad de la Iglesia en su estado de peregrinación en la tierra

en la espera de lograr su perfección en la gloria del cielo⁷⁵, sino la realidad de la humanidad misma, es decir, de los seres humanos unidos en camino hacia el misterioso más allá. Esta realidad escatológica de la humanidad es algo que en cierto modo puede intuirse dentro de la peregrinación jacobea. Dada la presencia pacífica y armoniosa de personas de todas clases, etnias, razas y lenguas que se reúnen en Compostela, de lo que ya en el siglo XII se hacía eco el *Codex Calixtinus*, se nos ofrece ciertamente una imagen, signo y anticipación de la humanidad ideal del futuro, que va formándose ya no ajena a las tensiones, conflictos y resistencias del poder disgregador del mal y que peregrina “en medio de los consuelos de Dios y las persecuciones del mundo”.

La peregrinación jacobea amplía y enriquece los límites de nuestra cosmovisión habitual. Los peregrinos están marcados por una multiplicidad de culturas, ambientes, edades y situaciones personales. Pero todos ellos coinciden en su propósito de superar los límites de la experiencia ordinaria para adentrarse en los dominios del más allá. El sentido de la peregrinación parece responder a esta profunda necesidad antropológica de experimentar de algún modo una existencia definitiva e ilimitada. “Peregrinar es mucho más que un deporte, mucho más que una aventura, mucho más que un viaje turístico, mucho más que una ruta cultural a través de monumentos admirables, testigos silenciosos de una historia secular. Sin negar el sentido específico de los motivos indicados, la peregrinación posee un alma humana y cristiana, amortiguada la cual pierde su íntima elocuencia, su llamada a desperezar el espíritu, su capacidad fraternizadora de hombres y pueblos. Sin alma el camino sería una realidad inerte”⁷⁶.

El Santuario del Apóstol en Santiago de Compostela, como todos los demás lugares de peregrinación, no es, pues, fin en sí mismo, sino que actúa como umbral que da acceso a nuevas etapas de la vida a través del encuentro con el Señor de la mano del Apóstol Santiago. La peregrinación jacobea se emprende no para instalarse en una experiencia privilegiada, sino para dejarse cambiar de manera imprevisible y así retornar a la vida ordinaria con actitudes completamente nuevas.

⁷⁵ Cf. “*Lumen pentium*”, nº 48.

⁷⁶ R.BLÁZQUEZ PÉREZ, “*Dimensión antropológico-religiosa de la peregrinación*”: Compostela 6 (1995), 8-9.

73. Compostela entre la continuidad y la discontinuidad

La peregrinación a Santiago se encuadra en el marco de una tradición antigua con la que el peregrino de hoy conecta. Con ello, parece clarificarse la cuestión de la historicidad del cristianismo o más en concreto de las relaciones entre el pasado y el presente, la tradición y la actualidad. En esta perspectiva encontramos, por una parte, elementos de tradición y continuidad y, por otra, de discontinuidad. Se invoca y se exhibe el pasado, que de esta forma se convierte en una especie de referente que puede iluminar la realidad del peregrino actual. El pasado o tradición, un elemento básico representado por el rito tradicional en la peregrinación jacobea, ofrece la posibilidad de superar una existencia postmoderna reglamentada al máximo, casi incapaz para para la sorpresa, poco sensible al misterio, empobrecida en cuanto a posibilidades de identificación y relaciones interpersonales, llena de tensiones y sumida en la confusión. Se intenta hacer pie en el pasado para orientarse hacia el futuro en medio del presente que nos toca vivir como tiempo de Dios y por tanto tiempo de gracia. Ese itinerario de búsqueda posee en general un claro componente religioso.

74. Peregrinación, expresión del camino de conversión

El sentido de la peregrinación en el Año Santo Compostelano expresa y favorece el camino de conversión, auténtico objetivo del mismo. “La conversión -y por lo mismo, la salvación evangélica- es un acto interior de una especial profundidad, en el que el hombre no puede ser sustituido por otros, ni puede hacerse reemplazar por la comunidad... es necesario que en el acto de la conversión se pronuncie el individuo mismo, con toda la profundidad de su conciencia, con todo el sentido de su culpabilidad y de su confianza en Dios”⁷⁷. Convertirse significa realizar un cambio de mentalidad: de la “del mundo” a la de Dios, que Cristo nos ha revelado y comunicado. Entrar por la Puerta Santa ha de ser precisamente un signo de nuestra fe en Cristo y de nuestra voluntad de seguir a quien con su muerte y su resurrección, nos ha posibilitado pasar del pecado a la gracia, de un modo de vivir dominado por intereses egoístas a otro inspirado en el amor a Dios y al prójimo. “Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios, pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que de

⁷⁷ JUAN PABLO II, *Carta Encíclica “Redemptor hominis”*, n° 20.

verdad el espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, éste no es de Cristo... Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu que habita en vosotros” (Rom 8,8-9.11).

75. El espíritu del Año Santo Jacobeo

Vivir el espíritu del jubileo significa dar justa cabida a estos valores fundamentales del Evangelio, que no quitan nada a la actividad humana, sino que la sitúan en la dimensión que le corresponde, confiriéndole su significado más auténtico. La fe cristiana afirma la autonomía de la realidad temporal. En consecuencia, por un lado, el cristiano no puede tener como objetivo la sacralización del mundo y ha de oponerse a todo ensayo de absolutización o divinización de la realidad creada. Por otro lado, no debe olvidar que el mundo profano es, justamente en su profanidad, supremamente valioso, no sólo porque Dios le ha dado el ser, sino porque ese mismo ser de la realidad creada ha sido integrado para siempre en el ser de la divinidad creadora por la encarnación. De esta forma, la realidad mundana es profana, no sagrada; pero, en virtud de la encarnación, es signo de la presencia del creador en ella.

76. Integración entre lo religioso y lo profano

Se comprueba, pues, en el Camino de Santiago y en la peregrinación jacobea la existencia de un claro dualismo integrador entre lo religioso y lo profano, que tiene su expresión más diáfana en el conjunto de realidades creadas “para” el peregrino (hospitales, lugares de devoción y de culto...) y de realidades creadas “por” los peregrinos, como la construcción de otras rutas o de puentes. Los peregrinos llevaron a los reinos hispánicos consigo nuevas formas de expresión artística, símbolos, creencias y formas de vida que incorporaron a los lugares que atravesaban, incluso, al final del trayecto, en actitud penitencial, cargaron con piedras calizas para contribuir a la construcción de la basílica compostelana.

77. Camino de fe y camino de cultura

El Camino de Santiago ha sido desde sus inicios un camino de fe y, al mismo tiempo, un camino de cultura. Este Año Santo Jacobeo 2010 es una llamada a recuperar también el contenido esencial –en clave de

evangelización- de la antropología católica. No hay que olvidar que una de las más duras críticas de Lutero recayó sobre la peregrinación a Compostela; el grito antijacobeo de Lutero, de la Reforma protestante, conllevaba una crítica a la antropología católica. En un momento en el que el proceso iniciado en el siglo XVI no ha culminado, es menester resaltar las dimensiones antropológicas inherente al mensaje católico: la bondad de la creación y de la criatura; la amenaza y consecuencias del pecado; las posibilidades que tiene el hombre para ser sanado, convertido, perdonado; la presencia de la gracia en la creación que está en camino de llegar a la plenitud. El hombre, peregrinando es fiel a sí mismo aunque no consiste la gracia del viaje en felicidad terrena sino vivir en Cristo. El peregrino hace el camino con esa seguridad que sólo dan las cosas venidas de Dios. Constatar la amplitud inusitada de la peregrinación a Santiago de Compostela desde sus inicios en el siglo IX, durante el medioevo e incluso en períodos amplios de la época moderna, aunque tarea ardua, no es imposible. Tampoco lo es entender su decadencia, a partir de la Revolución Francesa a la que siguieron las guerras y revoluciones, que durante todo el siglo XIX provocaron el efecto disuasor para que la gente no emprendiese la peregrinación. A esto hay que añadir otras causas no menos importantes que entorpecieron la peregrinación a la Tumba del Apóstol Santiago como fueron el fin del Antiguo Régimen y la desamortización eclesiástica. A pesar de todo no se secó el alma de la peregrinación. Tenemos testimonios de la permanencia de la peregrinación a Santiago porque responde al entramado profundo de la antropología del ser humano.

78. Europa cristiana, fruto de la peregrinación jacobea

En este Camino, consecuencia de la peregrinación, nace Europa al amparo y a la sombra de los peregrinos a Santiago. Hoy sabemos que, en el siglo IX, no solo llegó Godescalco, obispo de Puy, a la que en el siglo XI se denominaría Compostela, sino que tenemos constancia de que anteriormente peregrinos del sur de Alemania emprendieron su peregrinación hasta el Finisterre galaico. Las rutas, antes romanas, comienzan a ser rutas cristianas.

El peregrino jacobeo, desde el comienzo de la peregrinación, se asoma al horizonte con el modo, quizás el más católico de todos, de

expresar la antropología cristiana. Sostenido por la llamada del Invisible⁷⁸, lo deja todo, antes de partir, hace testamento, recibe la bendición de la Iglesia y sin seguridad material se pone en camino para experimentar la providencia divina, tantas veces reflejada en la “providencia humana” de la generosidad y hospitalidad de tantas personas a lo largo del camino. Providencia divina que en el amanecer o en el atardecer hace comprender las Escrituras y bendice el pan en el Altar de la Nueva Alianza. Así, llega a encontrarse con las huellas tangibles de la apostolicidad en el lugar donde se depositaron los restos del primer apóstol mártir.

El peregrino a Santiago, con los ojos puestos en la meta -la Tumba del Apóstol- es capaz de afrontar los pocos riesgos del peregrinar, pasar hambre y sed, frío y desnudez, penalidades y trabajos y también acoger los gozos del Camino. La peregrinación es un verdadero programa de regeneración y está íntimamente ligada a la solidaridad como nos lo revelan sus símbolos: el bordón, el morral y la vieira. En todo caso, la tradición apostólica es el imán que atrae al peregrino y le hace emprender el camino de la vida.

El *Codex Calixtinus*, primera guía de peregrinos de Occidente, nos describe al peregrino jacobeo como el más característico de los peregrinos cristianos. A la luz de este *Códice*, es posible hacer un retrato del peregrino a Compostela. Los relatos del texto como señal luminosa para los peregrinos, invitan a recrear el panorama de la Europa medieval, la diversidad de caminos, las construcciones religiosas y civiles, el culto y la asistencia hospitalaria, la música y la literatura... detrás de todo ello se puede contemplar a los peregrinos jacobeos, recibidos junto a la Tumba del Apóstol Santiago, que habían partido de los más remotos lugares del entonces mundo conocido. “A este lugar vienen los pueblos bárbaros y los que habitan en todos los climas del orbe... Causa alegría y admiración contemplar los coros de peregrinos al pie del altar venerable de Santiago en perpetua vigilancia: los teutones a un lado, los francos a otro, los italianos a otro; están en grupos, tienen cirios ardiendo en sus manos; por ello toda la Iglesia se ilumina como con el sol en un día claro. Cada uno con sus compatriotas cumple individualmente con maestría las guardias. Allí pueden oírse diversidad de lenguas, diversas voces en idiomas bárbaros; conversaciones y cantinelas en teutón, inglés, griego y en idiomas de otras

⁷⁸ *Liber Sancti Iacobi*, 242 ss.

tribus y gentes diversas de todos los climas del mundo”⁷⁹. Es más que tentador traer a la memoria los diarios de los peregrinos a la Tumba de Santiago para ver lo qué pensaban, lo que hallaban, lo que pedían, lo que sufrían, lo que gozaban. No sería otra cosa que volver a abrir los diarios humanos de los creyentes de ayer que están en los cimientos de nuestra cultura cristiana. En ellos se deja constancia de la espiritualidad del *homo viator*. “El estilo peregrinante es algo profundamente enraizado en la visión cristiana de la vida y de la Iglesia”⁸⁰.

79. Las gracias jubilares

La afluencia de peregrinos a lo largo de los siglos fue constante desde el primer momento. En el año 1122 el papa Calixto concedía gracias jubilares a la Iglesia Compostelana que comenzaba a celebrar en esta fecha los Años Santos. La Basílica de Compostela jamás cerraba sus puertas, como subraya el *Codex Calixtinus*, cuando refiere que “las puertas de esta basílica nunca se cierran, ni de día ni de noche; ni en modo alguno la oscuridad de la noche tiene lugar en ella; pues con la luz espléndida de las velas y cirios, brilla como el mediodía”⁸¹. De este modo recordando a la ciudad celeste del Apocalipsis, abrió una puerta, la puerta santa, como símbolo de un tiempo de gracia y de perdón en el Año de la Gran Perdonanza.

En esta historia salvífica encuentra razón de ser la concesión pontificia de la Indulgencia Plenaria cuya doctrina y práctica en la Iglesia están estrechamente ligadas a los efectos del Sacramento de la Penitencia y de la Comunión Eucarística cuya recepción se configura como vértice de la peregrinación. Durante todos los días de este Año Jubilar Compostelano el peregrino puede lucrar para si mismo o aplicar por los difuntos a manera de sufragio, la indulgencia plenaria, como liberación total de la pena temporal debida por los pecados⁸². Con esta práctica la Iglesia quiere ayudar espiritualmente al cristiano que peregrina y motivarlo a hacer obras de piedad, de penitencia y de caridad⁸³.

⁷⁹ *Ibid.*, 199-200.

⁸⁰ JUAN PABLO II, *Homilía en el aeropuerto de Labacolla el 9 de noviembre de 1982*.

⁸¹ *Liber sancti Jacobi*, 200-201.

⁸² Cf. CigC nos. 992-994.

⁸³ Cf. CIgC n°1478.

80. Memoria, presente y futuro

Han sido millones de cristianos, peregrinos anónimos, que en la soledad de la peregrinación y de sus incontables penalidades, fueron los protagonistas del Camino que ha vertebrado la realidad de Europa. Como ayer y también hoy “Santiago es la tienda del encuentro, la meta de la peregrinación, el signo elocuente de la Iglesia peregrina y misionera, penitente y caminante, orante y evangelizadora anunciando la cruz del Señor hasta que vuelva. Compostela, hogar espacioso y de puertas abiertas quiere convertirse en foco luminoso de vida cristiana, en reserva de energía apostólica para nuevas vías de evangelización, a impulsos de una fe siempre joven”⁸⁴. La memoria del pasado, el compromiso del presente y la esperanza del futuro son las fibras con que tenemos que ir tejiendo la túnica de nuestra existencia cristiana. El peregrino, en cuanto que rehúsa a “centrarse en sí mismo”, pretende entablar una *comunión* vertical y horizontal, encontrar su centro en la comunión con Dios y –ligado a ello– con los hermanos.

Por eso el hombre peregrino, en medio de las dificultades del Camino, es imagen de esa actitud de búsqueda que nos caracteriza. En nuestro estado de debilidad y en nuestra naturaleza caída somos esencialmente peregrinos. Lo que nos moviliza es el instinto hacia el Bien. “Nuestra naturaleza está en el movimiento, el reposo total es la muerte”⁸⁵. El descansar en nuestra miseria sería la muerte. La búsqueda, aunque los pies sientan la fatiga de nuestros pesos, siempre continúa ante la esperanza de hallar nuestro descanso, porque siguiendo la conocida expresión de San Agustín: “Nos has creado para Ti, e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en Ti”⁸⁶.

El peregrino en el camino aprende, contempla y vive, volviendo enseña como testigo lo que ha visto, oído y vivido. No olvidemos que estamos obligados a conquistar la herencia recibida. La peregrinación jacobea es una llamada a la esperanza cristiana que no es un ingenuo optimismo basado en el cálculo de probabilidades y que ha de resonar desde la Casa del Señor Santiago, mirando “hacia arriba” y caminando “hacia adelante”.

⁸⁴ JUAN PABLO II, *Alocución en la Plaza del Obradoiro, 19 de agosto de 1989, durante la celebración del rito del peregrino.*

⁸⁵ B. PASCAL, *Pensées*, nº 641.

⁸⁶ AGUSTÍN DE HIPONA, *Confesiones*, Madrid 1997, 23.

81. Unidos en la oración

Esta Iglesia particular de Santiago de Compostela sale al encuentro de todos los peregrinos, ofreciéndoles su acogida y animándoles a renovar la memoria de la tradición apostólica y a fortalecer la fe para ser testigos de Cristo en los acontecimientos de la vida de cada día. Ya desde ahora oremos insistentemente para que este Año Santo sea para gloria de Dios y bien de la Iglesia y del mundo. A la protección del Apóstol Santiago el Mayor, y de Santa María, Madre de misericordia y Virgen Peregrina, os encomiendo en la esperanza de que los frutos abundantes de esta celebración jubilar nos ayuden a revitalizar nuestra vida cristiana, manteniéndonos firmes en la fe, seguros en la esperanza y constantes en la caridad.

En la festividad de la Traslación del Apóstol, 30 de diciembre de 2008

+ Julián Barrio Barrio
Arzobispo de Santiago de Compostela